

nacion los sueños mas felices y alegrarse de ante mano con la felicidad que espera; y yo el rey de Castilla, el grande entre los poderosos, no tengo tiempo ni libertad para entregarme siquiera á mis recuerdos, ni preguntar á mi corazon la causa de esta inquietud: destinado á escuchar vulgaridades y á recoger lisonjas, no comprenden esos hombres que detras del rey hay un hombre, que tiene como ellos su corazon, que desea un momento de alegría, y que se fastidia como ellos de que no le comprendan.

Y don Enrique incomodado aun por lo que habia sufrido durante el dia, abrió una de las ventanas que daban á los jardines y respiró el perfume de las flores que el viento traia hasta la habitacion del rey: allí recostado en la ventana estendia sus miradas por la oscuridad del jardin, sin lograr penetrar en aquellas tinieblas en que ningun ruido se oia mas que el de las hojas movidas por el viento, y el de el agua de las fuentes que caia impulsada tambien por el aire en las conchas con que estaban adornadas. Sin embargo del frio que se dejaba sentir aquella noche, don Enrique permaneció sin moverse, como si el viento helado que la humedad del jardin traia á su cara, le sirviese de consuelo y de alivio á su fastidio.

—Es muy estraño esto, dijo don Enrique despues de un momento de silencio en que parecia que habia estado escuchando el ruido de las fuentes y viendo como las nubes oscurecian el cielo. Nunca creia que pudiera acordarme tanto de esa mujer, y sin embargo desde que esta tarde la he visto al pasar, ni un momento he podido olvidar sus hermosos ojos, fijos en mí con una expresion imposible de pintar. Me amaré Elvira? Será verdad que haya podido inspirar una pasion sin que tenga alguna parte esta corona y este lujo? Qué feliz sería!... Por desgracia otras mugeres que me han dicho su amor, lo decian alucinadas por el brillo y el resplandor del trono, y me mintieron; me mentirá esta tambien?

Un ruido que llegó á los oidos del rey vino á sacarle de su distraccion: al momento cerró la ventana con cuidado, como si no quisiera que le sorprendieran de ese modo, y se adelantó hácia la puerta para ver quien se atrevia á interrumpir al rey.

Apenas habia llegado á la mitad de su camino cuando se abrió la puerta y se presentó un caballero de buena figura, vestido con un rico traje de terciopelo verde: era Ledesma, el confidente y amigo del rey Enrique II, que sabia todos los secretos de su señor, y que podia escribir muy bien la historia de los caprichos amorosos del bello rey.

—Ah! eres tú, mi querido Ledesma? dijo don Enrique con una verdadera alegría al ver á su privado. Dime, qué has visto? continuó el rey sin dejar tiempo al caballero mas que para inclinar la cabeza.

—Señor, tu alteza estará impaciente con mi tardanza, pero me habia propuesto averiguar una cosa, y he tardado mas tiempo.

—Sí, sí, dijo el rey sin hacer caso de las excusas de su privado; pero bien, la has visto? qué te ha dicho?

—Señor, no la he podido ver, respondió el privado con una voz en que se conocia el sentimiento de desagradar al rey.

—Cómo es eso? dijo don Enrique, poniéndose encendido á su pesar. Qué has hecho entonces?

—He estado oculto hasta ver salir al hombre que estaba dentro.

—Dentro de su casa un hombre! Ledesma, qué estás diciendo? Un hombre! repetia don Enrique poniéndose pálido é irritándose ya, porque veia contrariado su amor por un suceso que no habia previsto; y pensando con esa viveza de imaginacion de que estaba dotado, en la venganza que tomaria de ese rival afortunado: ah! quién es ese hombre, dímelo pronto, Ledesma.

—Un caballero á quien conoce tu alteza mucho, repuso Ledesma con una calma que contrastaba notablemente con la impaciencia del rey.

—Sí, dijo el rey dominando su exaltacion, y aparentando una calma que realmente no tenia, porque no queria aparecer débil á los ojos de su confidente y de su amigo. Alguno de mi corte, que buscando algun pretexto se habrá introducido en la casa.

—No, señor, contestó Ledesma viendo que el rey esperaba que le dijese que habia acertado: el que estaba dentro se creia con derechos á estar allí, porque antes los habia tenido.

—No te comprendo, repuso el rey disimulando mal su ira al ver la tranquilidad que afectaba el caballero; y separándose de su privado, fué á la ventana y principió á dar golpes con la mano en los cristales: el rey se habia ido allí para reflexionar y no enfadarse con su amigo. Apenas habia pasado un minuto, cuando el rey se volvió con una ligereza estremada hácia Ledesma, que no se habia movido de su sitio, y que al parecer estaba distraído mirando los tapices que adornaban el salon. Es el conde, no es verdad?

—Sí, señor, ese pobre jóven loco de amor por ella, y que no quiere creer que tu alteza tiene que vencer siempre.

—Que quieres decir con eso Ledesma, que siempre vencerá el rey? dijo don Enrique lastimado en su orgullo de hombre, y hombre que pasaba por una de las figuras mas hermosas de su reino.

—Dios me libre, señor, de que tu alteza pueda creer que yo tengo el pensamiento de ofenderle; nadie aprecia y admira mas que yo las grandes cualidades que adornan á mi rey; y tu alteza debe estar persuadido de que no fué mi idea...

—Basta, dijo el rey viendo á su privado al parecer humillado, y deseando saber lo que habia pasado. Dices que no la has visto, no es verdad?

—A ella no, respondió Ledesma con una entonacion particular; pero he visto á su dueña y la he hablado.

—Sí! Bien, repuso el rey un poco mas tranquilo; y qué te ha dicho?

—Señor, que su señora os ama mas que nunca, y que así se lo ha confesado á ese pobre jóven que está enfermo de amor.

—Será verdad Ledesma? dijo el rey cogiendo el brazo de su confidente y olvidándose de que era rey. Qué dichoso soy!... Mira, ahora mismo vamos á salir, quiero verla, quiero oirla decir que me ama, tal vez sus palabras calmen esta agitacion que siento. Dirás, continuó diciendo el rey, que estoy cansado y quiero acostarme, y despues saldremos por la puerta de los jardines.

—Pero, señor, note tu alteza que la noche está muy oscura y que está diluviando: mira, señor, para convencerte de lo que digo, como azota el aire contra esa ventana el agua que cae á torrentes.

—No importa, dijo don Enrique despues de un momento de silencio en que estuvo escuchando el ruido que producía el aire y el agua, y en que pareció consultar al cielo la esposicion que pudiera haber en salir aquella noche. Estoy decidido, no podría dormir y me ahogaría el deseo si me quedase: procura, al dar las órdenes que nadie sospeche nada, y nos iremos.

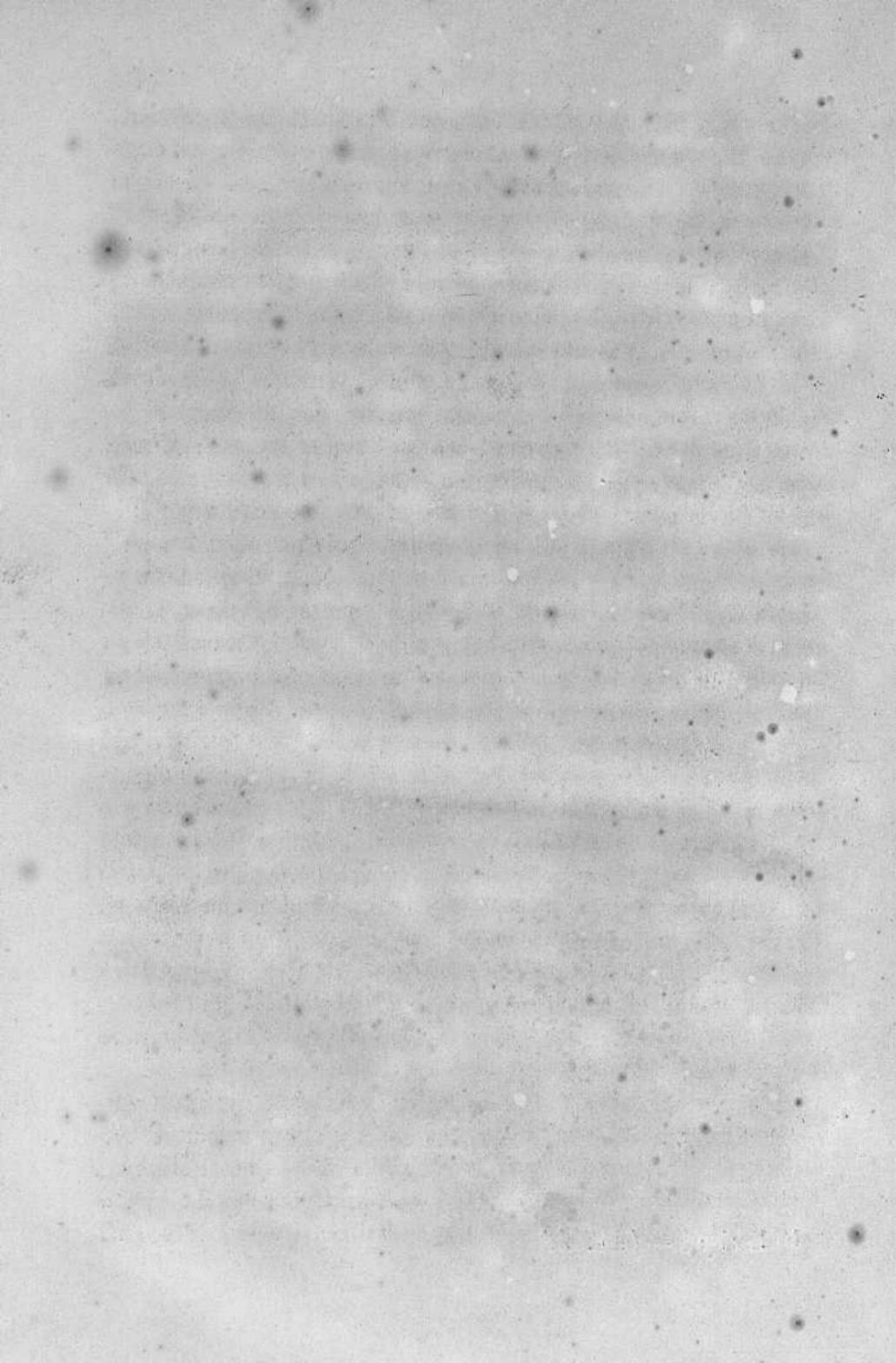
Dos horas despues todo era silencio en el alcázar; solo se podía oír los pasos de los centinelas, que muertos de frío esperaban paseándose á que otros ocupasen sus puestos: Sevilla, la ciudad risueña y tan animada aquel día, había cedido al cansancio, y á aquella hora era una ciudad dormida: la corte del rey parecía en esta noche un vasto cementerio ó un inmenso desierto donde reinase un silencio profundo: todos los vecinos de Sevilla habían temido la oscuridad de la noche y se habían encerrado en sus casas para no salir, hasta que el nuevo sol viniese á tranquilizarlos. Solo dos hombres envueltos en grandes capas y con anchos sombreros metidos hasta los ojos, parecían desafiarse al agua y al viento, marchando en silencio por la calle donde estaba situada la casa que ya conoce el lector, por haber visto entrar en ella al jóven conde de Dénia.

Sin duda los dos desconocidos llevaban la intencion de entrar tambien en aquella casa, porque al llegar cerca de ella uno de ellos se adelantó hasta la puerta, dejándose oír á poco un ruido lento y compasado, como si el que llamase tuviese de antemano una seña convenida para no llamar la atencion de la vecindad con sus golpes: poco tiempo despues se abrió la puerta; se adelantó el que había esperado á que el otro llamase, y desaparecieron los dos embozados en el portal, sin que una luz viniera á descubrir quienes eran los que habían llamado con tanto cuidado.

Don Enrique y Ledesma, pues eran ellos los embozados, principiaron á subir la escalera que conducía á las habitaciones del piso principal; pero al llegar á una antesala, el rey se adelantó y penetró en la cámara donde hemos visto ya á la hermosa jóven con el conde. Antes de que el rey pueda hablarla procuraremos que el lector conozca á la querida de don Enrique.



D. Enrique.—Lám. 3.º



Nada mas poético y encantador que esta linda jóven de veinte años. Dotada por la naturaleza de una belleza completa y de una imaginacion privilegiada, tenia todos los recursos para encender una pasion en el corazon de los que la viesen: sus ojos negros y rasgados contrastaban admirablemente con su cara blanca y pálida; sus largos y hermosos cabellos negros caian sin estudio sobre su cuello de nieve, acariciando su blanco y turgente seno, atraidos por el dulce movimiento que su agitacion hacia tener á su pecho; su cuerpo alto y esbelto daba una majestad severa é imponente á su belleza de ángel. Abatida por el dolor de la escena que habia tenido lugar con su antiguo amante, Elvira no se habia movido del sillón en que estaba, y su traje de rica tela de Persia arrugado, y sus brillantes adornos descuidados por alli, revelaban el poco cuidado que su señora habia puesto en componerse, y Elvira habia pasado una hora sentada en el sillón con la mano apoyada en la frente y cediendo sin querer á la tristeza de sus pensamientos: la hermosa jóven habia tenido que luchar con un amor que ella misma habia alimentado en otro tiempo, y que ahora no podia corresponder: la escena anterior habia echo una profunda impresion en ella: su buen corazon habia recibido una herida mortal al ver de cerca el dolor inmenso de aquel jóven á quien ella habia engañado sin saberlo, y á quien no podia consolar, porque su alma y su corazon estaban dominados por el encanto de su amor al rey; cariño ardiente, apasionado, inmenso que arrebató la voluntad de esta pobre niña desde el momento en que sus ojos pudierón fijarse en los ojos dulces y hermosos de don Enrique. Tal vez en este momento lloraba su fatalidad y su destino que la alejaba del hombre que tanto la queria, para descubrirle un camino lleno de disgustos y de remordimientos, al lado del cariño que sentia por el rey.

Don Enrique al ver aquella hermosa aparicion se quedó parado creyéndola un ángel. Una eternidad hubiera estado el rey de Castilla absorto y mudo contemplando aquel semblante divino, y admirando aquella belleza silenciosa entregada á sus recuerdos y recorriendo esa estension sin límites del pensamiento. Por nada

en el mundo hubiera querido el rey despertarla del ensueño delicioso en que al parecer se encontraba adormecida, por borrar la sonrisa de ángel que aparecía en sus labios.

Pero de pronto y cuando el rey estaba mudo y estático devorándola con sus ojos, levantó su hermosa cabeza, separó sus negros cabellos con su mano blanca y pequeña, y elevó una mirada deliciosa al rey. Oh! mi señor, estais aquí, dijo con un acento tan dulce, que el rey se estremeció de placer y se acercó á ella para besarla la mano que le tendió.

—Pero qué teneis, Elvira? la dijo el rey viendo sus hermosos ojos húmedos aun; por qué estais triste? quién puede haberos ofendido? Pero... es verdad, no me acordaba, perdonadme, dijo el rey poniéndose pálido, tal vez por lo que pensaba olvidaba que habíais tenido una visita esta noche, y la ausencia de esa persona os tiene triste.

—Por piedad, señor! exclamó Elvira mas pálida que nunca, no destrozéis mi corazon, no habléis de ese pobre conde á quien he hecho desgraciado por vuestra causa. Sí, sí, continuó diciendo Elvira arrastrada por su pensamiento, yo le queria, ó mas bien creía que le amaba; hasta que os ví, señor, qué dia aquel, cuánto sufrí, Dios mio! El conde, que no comprendía cuanto sucedia en mi corazon, se mostraba mas tierno y mas solícito en complacerme que nunca. Por qué no adivinó en mis miradas, en mis palabras que otro ocupaba mi alma, y me despreció? Qué feliz sería ahora pudiéndome entregar sin remordimientos á este amor, que es mi vida; pero yo estoy destinada á sufrir, porque vos tampoco me amais ni debéis amarme, señor.

—Que no debo amores, quién puede impedirlo, quién pondrá obstáculos á los deseos de mi corazon? No temais, querida Elvira, nadie se atreverá acontrariar al rey en su sentimiento, que os aseguro será eterno. Amadme vos con el delirio con que yo os adoro; entreguémonos á esta pasion que vive en nuestro corazon sin pensar mas que en nuestra dicha. Sí, entrégate sin temor á este amor, porque tu porvenir será tan brillante como puedes haber soñado, Elvira mia; y continuaba el rey colmando de besos las manos

de su jóven amante. En tanto que esta mirándole con una delicia inesplicable, absorvia todo el amor, toda la ternura y todo el entusiasmo que habia en las palabras del rey.

—Callad por Dios, señor; no veis que mi corazon es demasiado débil para resistiros y que mi cabeza se enloquece con vuestras palabras; por qué os amaré yo tanto? Ah! y que este amor me pierda para el mundo, dijo Elvira con una sonrisa tristesísima: yo nunca seré mas que la querida del rey y no habrá piedad para mí. No podré decir á los que me desprecien, perdonadme porque no pude resistir á sus encantos; porque no fui dueña de ocultar la impresion que sus ojos y su semblante me hicieron: nada de esto podré decir, señor, nadie me creará, y yo moriré de remordimientos.

—Por qué hablais de remordimientos y de desprecio cuando estais al lado del rey, del rey que os ama y que daria su vida por vos si me la pidiérais? No, no Elvira, vos sereis la mas feliz y la mas envidiada de todas las mugeres de mi reino; porque yo lo quiero, y hay de quien se atreva á contrariar mi voluntad y mi deseo: y don Enrique al decir esto estaba hermoso é imponente. Nada decís, y vuestro silencio me dice bien cuanto debo esperar de vos. Ah! no me amais Elvira.

—Que no os amo, decís, señor, repuso ella con una viveza es extraordinaria: por quién he olvidado todo sino por vos, por quién sufro mi soledad y mi aislamiento sino porque nadie pueda turbar la felicidad que siento con amaros? Mirad Enrique, dejadme llamaros asi, dijo ella interrumpiéndose para tomar la mano del rey: es tan dulce vuestro nombre á mi corazon; para mí no sois el rey que todos respetan, que todos adulan; para mí sois el hombre que amo desde que os ví... Os acordais? se celebraban en Burgos las fiestas de vuestra coronacion; por todas partes se victoreaba al vencedor, al rey, y esos gritos de entusiasmo que yo oia resonaban en mi corazon: vos entonces no pensábais que detras de esas fiestas y de esos vivas habia una mujer que os contemplaba con delicia; no adivinasteis que en medio del bullicio de la corte una jóven lanzaba suspiros sin esperanza, porque nunca creyó que

vos fijarías vuestra mirada en ella en ella, que os había entregado su corazón y su voluntad.

Don Enrique la miraba estasiado: no podía separar sus ojos del semblante divino de aquella mujer que le descubría su corazón con toda la sinceridad y pureza de una niña, y que se dejaba arrastrar de la influencia que el rey ejercía sobre ella. Qué feliz era entonces! Había dicho al hombre que amaba todo lo que su corazón sentía, y parecía aliviada de su tristeza con esta revelación.

—Cuanto os amo, Elvira, dijo el rey llevando á sus labios las blancas manos de la jóven. Cómo podré yo olvidaros y cómo no acordarme de esta noche en que he sido tan feliz? Mira, continuo el rey acercando su aliento abrasado al rostro de la joven, desde que me separé de ti han pasado por mi vida sucesos bien desgraciados; ocupado en los asuntos del reino, ni un momento bueno he tenido sino cuando tu recuerdo delicioso venia á borrar de mi imaginación los pensamientos sombríos que á mi pesar alimentaba; á ti te debo los momentos de olvido que he tenido y la suprema felicidad que gozo ahora: puedes creer que te amo.

—Sí, si lo creo, respondió ella con un acento tan dulce como el último suspiro de una virgen; necesito creerlo para vivir, porque sino moriría: no me olvideis señor, porque moriría.

—Jamás te olvidaré, dijo el rey ébrio de felicidad y amor: ahora principia para ti una vida llena de placer, y nada envidiarás, porque es el rey, ángel mio, el que se encarga de abrir las puertas de tu porvenir.

—Ah! Señor, por mucho que sienta decíroslo, es preciso que os marcheis, no estamos solos y yo temo por vos, señor: separémonos.

—Con que es preciso, dijo el rey, como si en los momentos de ventura que estaban pasando hubiera olvidado el mundo y su posición y no hubiera pensado que tenía que concluir esta conversación. Es verdad, tenemos que separarnos, dijo con tristeza, y se levantó precipitadamente. A Dios Elvira, á Dios.

—A Dios mi querido señor, no me olvideis, dijo la jóven siguiendo con la vista á su régio amante hasta que desapareció.

Al día siguiente don Enrique se levantó pronto; no había podido dormir: el rey se había separado de Elvira mas apasionado que nunca, y los recuerdos de la noche mantuvieron despierto al rey de Castilla: otro pensamiento había contribuido también á este desvelo, la presencia del conde en Sevilla. El antiguo amante de Elvira, esperaba que ella le amase, ó queria ella aun al conde? Esta duda mortificaba á don Enrique: como hombre impresionable se entregaba con ardor á lo primero que llegara afectarle, y conducido por su imaginacion ardiente y calenturienta acojia con placer un capricho cualquiera que él convertia en pasion, gracias á las formas que su gran corazon le hacia tomar. En uno de estos momentos de vértigo todo acababa para don Enrique: haciendo creerse á sí mismo que sentia una gran pasion, lograba hacérsele creer á todos, aun á las mugeres que le hacian sentir ese capricho, y una vez apasionado no admitia contrariedades; por eso muchas veces sin poder disimular se enfurecia, arrastrado por las sospechas que su imaginacion le hacia crear; y por eso el día en que le vamos á presentar al lector estaba triste y reflexivo á pesar del tesoro de felicidad que había recogido la noche anterior.

La primera disposicion que dió don Enrique cuando se levantó fue llamar al jóven conde de Dénia: este esperaba las órdenes del rey sin duda porque se presentó al momento. También el conde estaba pálido: sus grandes ojeras y su mirada lánguida y triste revelaba que el sueño no se había mostrado complaciente aquella noche: había una semejanza, un gran parecido entre estos dos hombres en aquel momento, porque los dos tenían celos, aunque al uno bien se hubiera podido descubrir á pesar de su palidez un rayo de felicidad, en tanto que al otro se le notaba esa sonrisa amarga que deja siempre al pasar un suceso funesto ó una gran desgracia.

El conde se inclinó ante el rey con toda la gracia y serenidad que tiene el hombre educado en los palacios.

—Conde, no os había visto, y lo siento, dijo el rey completamente dueño de sí mismo.

—Señor, bien sabe Dios que no es mia la culpa: cuando me

presenté en palacio, no era ya hora de ver al rey; tu alteza estaba descansando del viaje: y el conde al decir esto dejaba traslucir una sonrisa en que se veía cuánto había tenido que disimular y sufrir al decirlo. El rey, que era un gran conocedor del corazón humano, comprendió el valor de esta sonrisa y se mordió los labios de despecho.

—Gracias conde, sé que sois uno de mis mejores servidores y amigos, y para daros una prueba de esta verdad, os voy á confiar una comision importante para mí, porque se trata de mi esposa. La reina, señor conde, llegará muy pronto á Toledo con sus hijos, y deseo que seais vos el que la recibais en mi nombre. Yo os seguiré en el momento que concluya la paz que estoy negociando con el moro: todo está dispuesto para vuestra marcha y veré con gusto que no retardais vuestro viaje.

—Señor, sabe tu alteza que siempre estoy dispuesto á cumplir sus órdenes, y mas cuando se trata de ser el primero en tributar homenaje á la reina de Castilla: como no espero mas que el permiso de tu alteza, retardaré mi marcha todo el tiempo que tarde tu alteza en dármele.

—Id con Dios, conde, y ser el intérprete de mis sentimientos para con la reina mi esposa: os acompañarán los caballeros que elijais.

—Me aleja, dijo el conde cuando estuvo fuera del alcázar: si habrá sido exigencia de ella? era yo un testigo demasiado importuno de su deslealtad y de su traicion. Dios mio, haced que pueda odiarla algun dia ya que no tengo valor para matarla: y tú rey valiente y guerrero, nada importa que venzas á tus enemigos si las pasiones te vencen á ti; recuerda la caida de tu hermano y busca en su conducta la causa de sus desgracias y de tu elevacion.

El conde se fué en busca de su amigo Carrillo y le invitó á que le acompañase. Nunca fué mejor admitida una proposicion como esta por Carrillo: el desgraciado jóven queria ver á la reina de quien estaba apasionado, y sin reparar en las consecuencias fatales que pudiera acarrearle este amor, se dispuso á marchar con su

amigo una vez que el rey le habia dado la eleccion, y Carrillo era uno de los caballeros mas nobles del reino y uno de los que más servicios habian prestado á don Enrique.

Aquel mismo dia se preparó la marcha con gran presteza por parte de Carrillo, que queria llegar á Toledo cuanto antes, para ser el primero en saludar á la reina y para buscar en sus miradas el olvido ó el recuerdo de un tiempo en que pudo creerse feliz el enamorado jóven. Esta esperanza le hacia estar pronto á partir aligerando la tardanza de su amigo, que veia con su marcha la muerte de su amor y de sus ilusiones: no es estraño que hubiera esta diferencia entre los dos amigos; el uno iba en busca de la felicidad y el otro la dejaba en el punto de partida: Carrillo alimentaba ideas de ventura, y el conde llevaba consigo ideas de olvido y de muerte. Cual de los dos se curaria mas pronto! quién de los dos se engañaría!

cuando una vez por el rey le habia dado la eleccion y Carillo era uno de los capitanes mas nobles del reino uno de los que mas



obtuvo de sacrosantos reyes don Enrique y don Pedro, y el conde de Trastámara, y el conde de Castilla, y el conde de Portugal, y de muerte. Cuan-  
do los dos se casaron mas pronto, despues de los dos se casaron.

### CAPITULO IV.



**H**ACIA ya algunos dias que la reina doña Juana se encontraba en Toledo participando de las fiestas con que la obsequiaba la ciudad imperial: todos sus habitantes se esmeraban en distraer á su jóven y simpática reina, deseando pagar de este modo al rey don Enrique su agradecimiento por haberlos li-

brado del rey don Pedro. Pero quien mas empeño ponía en superar su brillantez y lujo de los habitantes de Toledo, eran los caballeros que habian llegado de Sevilla para recibir á doña Juana: es-

tos ostentaban ricos trajes, magníficos caballos, y derramaban el oro por lograr que la reina fijase una mirada de contento sobre sus prodigalidades: Carrillo principalmente estaba arruinándose con sus locuras y sus gastos; pero todo lo perdía contento si una sonrisa de la reina venía á darle la felicidad; el pobre jóven, mas enamorado que nunca, bebía á grandes tragos el veneno que había de matarle. Colocados por su posicion y por la mision que habían traído cerca de la reina, especialmente el conde de Dénia y Carrillo, este pasaba los dias mirándola con un verdadero éxtasis, de que no podía desprenderse, si el conde, que siempre estaba á su lado, no le pusiese delante los peligros á que se esponía, y el compromiso en que ponía á la reina si esta llegaba á notarlo. Carrillo nada escuchaba, nada quería oír, vivía con las miradas de doña Juana. Esta por su parte conocía demasiado bien la pasion de Carrillo, pero no era dueña de combatirla. Sería por el escándalo que siempre resultaria de un rompimiento que hiciese conocer al público la locura del caballero en haberse atrevido á fijar sus miradas en la reina? O era mas bien porque conocía doña Juana que no tenía valor para resistirla? Mil veces cuando Carrillo entregado á su pasion devoraba con sus miradas el gracioso semblante de doña Juana, esta sin poderse contener tampoco, dirigía una mirada tan suplicante, tan tierna al hermoso jóven, que este se estremecía todo, su cabeza se debilitaba, y hubiera caído aturrido por la dulzura que despedían los hermosos ojos de la reina, si el conde, que iba siguiendo paso á paso las situaciones en que se veía Carrillo, no estuviera á su lado para servirle de apoyo.

En esta alternativa de placeres y dolores pasaban los dias en Toledo como pasan en todas partes: la reina unos dias distraída y otros sin gusto para asistir á los espectáculos que el pueblo la ofrecía; el conde, muerto de dolor porque no podía olvidar á la muger que le engañára, y Carrillo, loco de alegría ó muerto de dolor, segun que aquel dia hubiera podido recoger una mirada, y que una palabra de la reina llenase de esperanza su corazon, ó que la reina, dominada por su tristeza no fuese bastante amable para hacer caso de sus miradas y de su amor.

Este era el estado de los personajes que ya conocemos, cuando el rey llegó á Toledo para ver á su esposa y sus hijos. Don Enrique se mostró muy cariñoso con doña Juana, y esta con su esposo; de consiguiente principió para el pobre Carrillo otra época de desesperacion y de rabia. Desde aquel dia no quiso salir de su casa, y á pretesto de estar malo no se dejaba ver ni en la córte ni en palacio; pero en cambio esperaba con ánsia la llegada de su amigo para que le dijese cuanto supiera de la reina.

Habian pasado ya algunos dias desde que Carrillo, retirado en su casa, daba rienda suelta á su amor, unas veces maldiciendo su suerte y otras bendiciéndola, segun las noticias que el conde le habia dado. Llegó un dia por fin en que un mandato de la reina le obligó á presentarse en el alcázar. Cuántas esperanzas concibió el pobre jóven de esta llamada! cuántos sueños deliciosos se fue fingiendo por el camino que conducia á la morada real, y cuántas preguntas hizo á su amigo para saber el pensamiento de la reina! Cuando llegó al alcázar su corazon se le queria saltar, sus piernas chocaban una con otra y su mirada era vaga y distraida. Antes de penetrar en el patio del alcázar quiso tomar un poco del aire fresco que sube del Tajo á la plaza de Armas, logrando asi que su pecho se dilatase y su cabeza estuviera segura: una vez conseguido esto, se cojió del brazo de su amigo, no sin mirar antes á las ventanas de aquella parte del alcázar, que eran de las habitaciones de la reina. Fuese que aun soñase, ó que su amor y su deseo se lo fingiesen, Carrillo creyó ver un rostro hermoso medio oculto por la ventana, y que sin duda estaba mirándolos.

Esta casualidad fue un motivo mas para animar á Carrillo en la visita que iba á hacer; asi es que subió con paso ligero las grandes y espaciosas escaleras que conducen al primer piso, llegó á una de las habitaciones que daban paso á la cámara real, y esperó á que le anunciassen para ser recibido por la reina. Dos minutos despues Carrillo y el conde de Dénia estaban delante de la reina de Castilla.

Doña Juana, como muger de talento, comprendió al instante por la palidez del jóven lo que pasaba en su alma, y aunque ella

participaba tambien de su emocion , se preparó á ser fuerte para no dejar traslucir un secreto que un hombre observador hubiera podido leer en sus ojos. La reina, pues, se presentó altiva y hermosa con una sonrisa que contribuía á darla mas belleza.

—Caballero, dijo la reina , dirigiéndose á Carrillo, que pálido y con los ojos bajos esperaba con ánsia las palabras de la reina; si hemos de conocer nuestros buenos servidores por el contento que siempre muestran por estar cerca de nosotros para complacernos, no sé cómo vos podreis daros esa calificacion sin engañarnos.

—Señora , Dios me es testigo, respondió Carrillo , abrumado bajo el peso de aquella acriminacion hecha con un tono de reina ofendida , que no deseo mas que morir por la causa de tu alteza, y me atrevo aseguraros, señora, de que no tienes en Castilla un defensor tan ardiente de tu trono como yo, que me sacrificaria mil veces, si mil vidas tuviera, por ahorrar un solo suspiro de mi reina y señora.

—Gracias, Carrillo, dijo la reina, alargando su mano blanca y delgada para que este la besase. Dominada por la amorosa mirada de Carrillo y vencida por tanta abnegacion y tanto amor : qué habeis tenido? dijo despues, dando otro giro á la conversacion y queriendo disimular la impresion que el beso ardiente de Carrillo la habia hecho: vuestro amigo me asustó diciendo que estabais muy malo; porque yo siento mucho los padecimientos de mis leales servidores, dijo la reina pensando que habia dicho mucho antes y tratando de enmendarlo.

—Señora , el interés que tu alteza se toma en mis males me resarce con usura de mis padecimientos. Gracias , señora, repuso Carrillo con un acento tan conmovido que hizo suspirar á la reina.

—Me olvidaba ya de lo que tenia que deciros. El rey me ha encargado, dijo doña Juana con cierta tristeza que se pintó en su semblante, de una comision para vos. Desea marchar á Portugal y quiere que vos le acompañeis, vos que sois tan valiente y tan buen guerrero: hé aquí por qué os habia llamado. Aceptais?

Las últimas palabras de la reina fueron un rayo para Carrillo.

Me ha llamado, pensó él, para decirme: márchate á que te manten, no quiero verte: y esta idea le volvió á hundir en su meditacion y en su debilidad. La reina conoció el efecto que habian producido estas palabras en el corazon de su enamorado; mejor dicho, pensó al decirlas el efecto que harían, y quiso saber el influjo que sus palabras tenian para Carrillo: bien pronto pudo verlo, como pudo ver este si no hubiera quedado tan herido de este golpe, cómo desmentian á la reina las miradas llenas de placer é interés que le dirigia tal vez sin pensarlo ella.

Hubo un momento de silencio en que solo hablaron los ojos.

—Nada me respondeis? dijo la reina con una dulzura que contrastaba mucho con la ligereza y severidad que habia mostrado antes.

—Acepto, señora, respondió Carrillo levantando su hermosa cabeza y mirando á la reina con una resolucion que la obligó á bajar sus ojos, tal vez por no poder resistir la belleza del semblante de Carrillo ni el fuego de sus miradas. Los reyes tienen siempre el derecho, continuó Carrillo, de disponer de la vida de sus súbditos, y acojo con placer esta ocasion que se me presenta para perder mi vida en su servicio.

—Qué hablais de perder la vida? repuso la reina asustada por la calma que Carrillo mostraba al decir estas palabras. No, no morireis, esta guerra no os proporcionará mas que nuevos trofeos debidos á vuestro valor y á vuestra fidelidad. No es verdad, conde? continuó la reina dirigiéndose al de Dénia, que inmóvil y silencioso observaba el amor de su amigo y la indiferencia afectada de la reina.

—Puede ser muy bien cuanto tu alteza dice, pero puede suceder que la desgracia venga á desmentir nuestros deseos. Parà prevenir en lo que yo pudiera esa desgracia, quisiera pedir permiso á tu alteza para acompañar al rey y no separarme de mi mejor amigo.

—Queréis ir vos, conde? Sí, sí, os le doy, dijo la reina con cierta ligereza, asi le acompañaréis y no le dejaréis alimentar esas ideas de muerte tan impropias en un jóven de tan hermoso porve-

nir. Y al decir esto, Carrillo miró á la reina y se encontró con la mirada de esta, en la que pudo leer un mundo de recuerdos y de amor el desesperado jóven.

De vuelta á su casa Carrillo, se puso á maldecir su suerte, y su fatalidad maldijo hasta la reina, que fria é indiferente le despedía de su lado y le mandaba á la guerra, tal vez para librarse de un hombre que pudiera ser testigo de sus escenas de amor con otro mas dichoso. El conde le consolaba, le daba esperanzas que animasen á su amigo, y sobre todo le aconsejaba el olvido y la muerte de ese amor que en todo caso no habia de traerle mas que disgustos y contratiempos.

Se habian hecho ya los preparativos para la campaña, estaban dispuestos los caballeros que habian de acompañar al rey, y este habia señalado su marcha para el dia siguiente. Nuestros dos amigos habian preparado tambien sus armas, y se hallaban dando rienda suelta á su dolor, como tantas otras veces, cuando un paje entró y entregó una carta á Carrillo: este principió á leerla creyendo sería una órden del rey; pero apenas habia principiado, se cayó el pergamino de sus manos. Qué es esto, Dios mio, estaré loco?

—Qué te ha sucedido? dijo el conde de Dénia viendo que su amigo se ponía pálido; qué te dicen para que hayas sufrido esa mudanza?

—Toma, dijo Carrillo levantando el papel y dándosele á su amigo, lee, y mira antes si pueden oirnos. El conde le cogió, se aseguró de que nadie podia escuchar, porque solo un paje estaba en la antesala, y volviéndose cerca de su amigo, leyó lo siguiente:

«Caballero, esta noche os paseareis por la plaza de ocho á nueve de la noche; una dueña se acercará á vos, os dirá vuestro nombre, y la seguireis: no hableis nada, y dejáros conducir hasta donde os lleven.»

—Qué te parece, conde? dijo Carrillo cuando su amigo concluyó de leer la misteriosa cita... si será ella... Dios mio! que loco soy. Ella! ella llamarme! repetía el jóven, no es posible, eso indica—

ria que me amaba , y ella no me quiere , porque eso seria mucha felicidad para mí.

—Pues yo te digo que es ella , contestó el conde que habia estado examinando la letra de la carta.

—Qué estás diciendo? Crees tú que es ella la que me cita? repuso Carrillo ébrio de esperanza. Acaba , dices que es ella , ó has querido engañarme? Habla pronto , conde , porque sufro mucho con ese engaño.

—Dios me libre de burlarme de tus esperanzas: por desgracia sé lo que son esos juegos para que no tiemble antes de querer jugar; pero ahora lo juraria , esta carta es de la reina , y ella...

—Silencio , amigo mio , dijo Carrillo loco de alegría y de temor al escuchar esa palabra que otros podian oír , y que seria su perdicion. Ah! qué feliz seria ! No pensaba ir; pero ya iré por si es ella la que me llama. La diré que su amor es mi vida , que muero de dolor cuando no la veo , y la obligaré á que me ame... Pero y si fuese otra , Dios mio! continuaba Carrillo con una voz desfallecida y rendido por la sorpresa ; sino fuese ella la que me llamase , mataria á quien me habia engañado. Perdóname , no sé lo que digo , me vuelve loco la idea de ver á esa mujer ; juzga tú cuanto la amaré.

Ya es tarde , dijo el conde sacando de su meditacion á Carrillo: prepárate pues , por si es una emboscada , y ten serenidad , que yo estaré cerca para si ocurriese algun lance en que fuera necesario andar á estocadas. Y viendo que su amigo se preparaba á buscar sus armas , salió de la casa para estar pronto por si Carrillo necesitaba de su socorro.

Apenas habia sonado la última campanada de un reloj que daba las ocho , cuando apareció en la plaza de Zocodover un hombre embozado hasta los ojos en una larga capa : era nuestro enamorado jóven , que impaciente por acudir á la cita , habia acudido presuróso llevando consigo un mundo de esperanzas y de felicidad. La plaza se encontraba solitaria ya á esas horas en aquel tiempo , y á escepcion de alguna persona que pasara para retirar—

se á su casa, nadie podia notar la presencia de un hombre que paseara por la plaza.

La noche estaba fria, todo aquel dia habia estado lluvioso y triste, y un aire fuerte y frio habia reemplazado al agua, logrando alejar las nubes de que el cielo habia estado cubierto. Carrillo no sentia el frio, su frente estaba ardiendo de deseos y tenia calor en su corazon para resistir la temperatura mas helada: al principio se paseó por los extremos de la plaza mirando á una y otra parte por ver si era esperado; pero pronto conoció que él era solo en la plaza, y se sentó en una piedra para reflexionar un poco sobre su situacion. Solo el que haya esperado la hora de ver á una mujer querida, solo el que haya soñado con el encanto que tiene para el hombre que adora la primera llamada de la mujer que ama, puede formarse una idea de la impaciencia, del deseo y de la inquietud que tendria Carrillo: mil veces se habia dicho á él mismo, lo que sentia por la reina, y otras tantas habia pensado lo que él la diria para obligarla á creer en su amor y corresponderle. Una hora habia pasado Carrillo en la contemplacion de sus pensamientos y nadie parecia; entonces principió á penetrar la desconfianza en su corazon, y se creyó engañado; miró á todas partes por si alguno estaba escondido para presenciar la burla, decidido á encontrarse con él y hacerle pagar caro su curiosidad y su diversion.

La duda del jóven iba tomando proporciones segun que el tiempo pasaba y nadie llegaba. Se paseaba tal vez por la centésima vez despues de haberse cansado de estar quieto, cuando su corazon latió con mas violencia, y un rayo de esperanza vino á disipar la duda que se habia apoderado de su alma: una mujer cubierta con un gran manto se iba acercando á Carrillo, y este se quedó parado para saber si era á él á quien buscaba: pronto salió de la duda, porque la mujer del manto pasó junto á él, pronunció su nombre y diciendo, seguidme, continuó su camino por la cuesta que desde la plaza conduce al alcázar. Carrillo no se habia atrevido á decir nada y seguia á la dueña con un paso en que se conocia su deseo de llegar: habian pasado ya la

entrada principal del alcázar y la dueña seguía andando aun, y Carrillo principiaba á recelarse, porque las habitaciones de la reina quedaban ya muy atrás, y si fuera ella quien le citase, hubieran entrado por la primera puerta del alcázar. Estas reflexiones ocupaban á Carrillo, cuando la dueña se detuvo en el extremo del alcázar, se acercó á una puerta pequeña que nunca habia visto Carrillo, dió dos golpes con su mano, y la puerta se abrió al momento.

—Dadme la mano caballero, y seguidme, dijo la dueña alargando la suya fina y bien cuidada que Carrillo tomó sin replicar. Este no sabia por donde le llevaban, porque allí reinaba una completa oscuridad. Principiaron á subir una escalera, torcieron despues hácia la izquierda, y despues de andar un largo rato sin saber adonde le conducian, le hizo entrar la dueña en una sala, donde le dejó despues de decirle, esperad. La sala donde le habian dejado estaba cubierta de ricos tapices, y una hermosa alfombra en que se hundian los piés, ahogaba el ruido de los pasos; dos lámparas colocadas á iguales distancias daban luz á esta espaciosa y lujosa sala.

Carrillo cuando se encontró allí principió á mirar á todas partes y se convenció que estaba solo: tal vez detrás de los tapices estarian observando sus movimientos. Será una traicion del rey? decia Carrillo notando el silencio que reinaba en aquella parte del alcázar. Si el rey habrá conocido mi pasion por su esposa y me querrá castigar por mi osadía?... pero por qué me habia de traer aquí?... y por qué no puede ser ella que compadecida de mi dolor quiera darme una palabra de consuelo para que no sienta tanto la muerte? Sí, sí, continuaba Carrillo con la sonrisa en los labios, voy á verla, mi corazon lo dice á gritos; y principió á pasearse por la sala, procurando componer su elegante traje y atusar su fino bigote, al mismo tiempo que pasaba una mano por sus rubios cabellos, que caian con gracia adornando su delicado y simpático semblante, que revelaba en aquel momento toda la felicidad que habia en su corazon. Un ruido que apenas se dejó oír, le llamó la atencion, y sus ojos se fijaron en el

sitio donde él habia creído oírle. Un momento despues el tapiz se levantó y apareció una mujer. Carrillo dió un pequeño grito y se quedó inmóvil: era la reina.

Doña Juana se adelantó con calma, y con un aire de reina se presentó á sus ojos con todo el poder de la belleza, con toda la seducción de la hermosura. La reina, jóven entonces de 24 á 26 años, ostentaba toda la gracia y toda la dulzura que tenia su semblante; sus ojos grandes, aunque un poco parados, tenían á veces una espresion deliciosa de sentimiento; sus cabellos eran castaños y caian ondulantes y en hermosos rizos sobre su cuello blanco y finisimo; sin ser muy alta la hacia aparecer asi la mejestad con que se presentaba; en una palabra, aquella noche sus ojos tenían una tristeza profunda, y su boca delineaba una sonrisa de placer y de amargura; su traje bordado de plata y un manto de terciopelo azul realizaban mas y mas su bellaza.

Carrillo no supo por un momento donde estaba: sorprendido por la presencia de la reina, aturdido con su belleza, no habia sido dueño de sí mismo para salir al encuentro de su amante, de su querida reina.

Doña Juana le miró con un interés demasiado profundo para ser á un súbdito, y se fué acercando al hermoso jóven.

—Caballero, habiendo sido yo la que os propuse acompañar al rey á la guerra de Portugal, dijo doña Juana con una voz dulce y triste, he querido despedirme de vos y daros las gracias.

—Gracias vos, señora? dijo Carrillo lleno de emocion y respirando apenas; yo soy el que debe echarse á vuestros piés y pedir vuestro perdon, señora. Perdonadme porque soy un loco, dijo Carrillo cayendo de rodillas, y os amo mas que nunca: ya he sido bastante feliz habiéndoos visto mas bella que siempre y no me importa morir si os puedo decir aquí que mi amor no se ha estinguído, que crece y se aumenta mas segun pasan los dias y que debéis amarme, hermosa reina, siquiera por compasion.

—Es verdad, dijo la reina, sin fuerzas para luchar: sois un loco y el tiempo no ha podido curaros; yo creía que la ausencia, que la distancia concluirían ese capricho; pero veo que no: cada dia

estais peor. Haced por olvidar esos recuerdos; yo tambien los he olvidado: y los ojos y la emocion estaban desmintiendo á doña Juana.

—Que olvide esos recuerdos, señora, imposible! cómo habia de vivir? repuso Carrillo poniendo una mano en su corazon: ellos me alimentan en la soledad y son los únicos que pueden darme la felicidad; quitádmelos y yo moriré. Vos habeis olvidado, decís; pero vos señora, no amábais: vos no teniais en vuestra alma un mundo de pensamientos que os hicieran recordar al hombre que perdisteis; vos señora, nada sentisteis por mí, mientras que yo estaba loco.. Os acordais de aquella noche? dejádmela recordar, señora, continuó Carrillo, viendo que la reina queria impedirle continuar, porque ha sido la mas feliz de mi vida, y cuando os habeis mostrado menos ingrata con este pobre loco. Ah! señora, por qué no me decís como aquella noche: «os perdono porque tambien mi corazon ama.»

—Pero á qué suscitar esos recuerdos? para qué llamar á ese tiempo que no volverá? dijo doña Juana poniéndose encendida con el recuerdo de aquella noche en que habia sido feliz. Ahora el destino y Dios, os separa de mí y debeis conformaros, matando antes que nadie pueda conocerlo, ese amor que puede sernos tan fatal.

—No temais, señora; ese amor morirá conmigo y nadie conocerá quien lo ha encendido: ahora voy á la guerra, y en ella será muy fácil que alguno se encargue de curarme para siempre y de tranquilizaros.

—Ah! qué decís? dijo la reina, asustada y sin poderse contener; pensais que yo quiero mi tranquilidad á costa de vuestra vida?... Tanto como me amais y me habeis juzgado tan mal! Ah! caballero, sois muy cruel.

La reina pronunció estas palabras de un modo tan apasionado que Carrillo levantó la cabeza y vió los ojos de la reina humedecidos por dos lágrimas que asomaban á sus pupilas.

—Perdonadme, señora, si he pensado que vuestro corazon era de mármol, y si he creído que no sentiriais mis dolores y mis penas; ahora veo en vuestros ojos la prueba de que nada ha-

beis olvidado, de que recordais aquella noche en que os fiasteis de mí, y salisteis de la prision en que don Pedro os tenia, la primera en que pude admiraros. Despues la casualidad buscó otra ocasion en que vos conocisteis mi amor y me perdonasteis, porque vos tambien amábais, y yo me atreví á creer que yo era á quien amaba la reina. Desde entonces nuestros ojos se han encontrado muchas veces y siempre he vivido con la esperanza de que comprendiais mi amor y le perdonábais, ya que mi desgracia hace el que no me correspondais.

—Pues bien, si os lo diré Carrillo: yo tambien he amado, yo tambien he sentido como vos ese estremecimiento de placer que anuncia siempre la presencia de la persona amada; y á pesar mio, no puedo alejar ese pensamiento de mi corazon. Pero es necesario que olvidemos, continuó la reina mirando fijamente á Carrillo que estaba estático recogiendo sus palabras, este amor que es un crimen; yo no puedo amar á nadie: matemos este sentimiento y reemplacemos en nuestro corazon un cariño que no tenga remordimientos.

—Imposible, imposible que deje de amaros con la ceguedad, con el delirio con que os amo ahora, repuso Carrillo viendo que la reina estaba silenciosa: no acabais de comprender mi corazon, señora, y que si mi vida fuera eterna, duraria este amor toda mi vida.

—Dios mio! Dios mio! dijo la reina sin fuerzas para oponerse á tanto amor. Partid ya, dejadme; he sido una loca en querer despedirme de vos para curaros: lo debia haber conocido, y sin embargo me sentí débil para dejaros partir sin que me viéseis.

—Luego me amais, señora: decídmelo, hacédmelo creer como aquella noche eterna en mi memoria y en mi corazon. Ya puedo morir contento, porque sé que me amais y que llorareis mi muerte,

—Por qué hablais de muerte? repuso la reina sorprendida del acento con que Carrillo pronunció estas palabras: no morireis, no, vovvereis aquí porque mi recuerdo os salvará de los peligros de esa guerra fatal.

—Oh! qué hermosa estais así! si supiérais cuanto os amo en este momento, exclamó Carrillo ébrio de placer. Os marchais? Por Dios señora, dejadme veros un momento mas, soy tan feliz...

—No, no puedo mas, partid ya... Tomad esta banda que ella os salve de todos los peligros, dijo la reina con una emocion que no pudo ocultar, y que ella mantenga vivo mi recuerdo en vuestro corazon: y ahora partid y á Dios... Y la reina estendió una mano á Carrillo que la cogió entre las suyas con delirio y la llevó á sus labios.

—Ah! señora, me amais como yo os adoro, dijo Carrillo, besando aquella mano que la reina no podía desprender de entre las suyas.

—Ah! loco, sino os amára, sufriria ahora este dolor? dijo la reina, haciendo un esfuerzo violento para separar su mano y corriendo hacia la puerta.

—Gracias, querida reina, dijo Carrillo, yendo á detener á doña Juana; pero el pobre jóven no pudo mas que besar el traje de la reina que se habia apresurado á ocultarse.

La voz de la dueña vino á sacar á Carrillo del sueño delicioso en que la reina le habia dejado. Cuando tuvo que salir de aquella sala donde tan feliz habia sido, miró á todos lados y una lágrima de felicidad botó de sus ojos medio dormidos por el placer de aquella noche. Un quejido que apenas se oyó, siguió á aquella lágrima, tal vez la última que iba á derramar: aquel quejido le habia dado la reina, que habia estado oculta hasta que salió Carrillo.

Esta fué la última vez que se vieron estos dos amantes: tal vez un presentimiento les decia que nunca volverian á reunirse. La guerra de Portugal, á la que partió Carrillo, solo para él fué fatal: valiente y guerrero como el rey, habia contribuido como nadie á conseguir tantas y tantas victorias como en aquella guerra consiguió don Enrique: orgulloso con la banda que llevaba colocada en su pecho, Carrillo se presentaba indiferente á los golpes de sus enemigos, creyendo que el recuerdo de la reina seria un talisman que le salvase de los peligros: se unia á esto que el jóven lleno de alegría queria obligar al mismo rey que tan valiente era, á reconocer en él un guerrero atrevido é infatigable; pensaba de este modo que cuando llegase á noticia de la reina su arrojo y su valor, se aumentaria su amor; y luego no era la causa de la reina aquella que defendia

él? Por qué no habia de conquistar derechos que eran de su amante, y por qué todos no habian de obedecer á su reina? Este entusiasmo, esa sed de gloria, que el hombre enamorado desea siempre recoger para ponerla á los piés de su amada, fué la causa de la muerte del jóven Carrillo: su amigo el conde de Dénia pudo recoger su último suspiro y prometerle que seria cumplido su último deseo.

Concluida la guerra de Portugal, el primer cuidado de su amigo fué el marchar á Segovia, adonde se encontraba la reina doña Juana, para noticiarla y devolverla la banda que en un momento de amor y de entusiasmo le habia dado á Carrillo. La reina ya sabia la desgracia de su amante, y sin fuerzas para resistir, se habia dejado dominar por la tristeza. No dejaba de sorprender á todos los que veian á la reina que con la noticia de tantas victorias y de tantos triunfos, no solo no se mostrase contenta y risueña sino que estuviese distraida y triste. Doña Juana no esperaba esta funesta nueva, antes al contrario alimentaba en su corazon ese amor que habia sido el primero en su vida, sonriéndola la esperanza de volver á ver con nuevos triunfos al hombre á quien habia dado su alma; bastante tiempo habia ocultado esa pasion en el fondo de su corazon; bastante tiempo habia luchado para apagar el fuego secreto que ardia en su alma, creyendo que el amor de Carrillo seria solo un capricho que él olvidaría; pero cuando vió que lo que habia inspirado al hermoso jóven era una pasion inmensa, eterna, que no concluyen sino con el último suspiro, entonces su corazon cedió, porque tambien ella le amaba desde la noche en que presa y hundida en un calabozo por don Pedro, el valiente jóven la habia sacado de él para llevarla á los brazos de su esposo. Aquella noche conoció la reina la distinta impresion que le habian causado el rey y Carrillo: entonces comprendió ella que el cariño que tenia á don Enrique, era el interés que desde niños se habian mostrado: tranquilo y dulce como todo es en esa edad, no era el sentimiento extraño é inquieto que principiaba á tener por Carrillo, no era el deseo ardiente de verle y de oir sus dulces palabras, y no habia sentido en su cariño para don Enrique la inquietud y el estremecimiento que producian en su corazon las miradas apasionadas

del jóven Carrillo. En sus primeros años habia querido sin que su corazon se inquietase, sin que hubiese recelos en su alma tan pura como hermosa; pero llegó ese dia y conoció que habia otra vida desconocida hasta entonces de ella. Cuanto mas procuraba acallar la voz de su corazon, mas fuerza y mas incremento tomaba la impresion que habia sabido despertar en ella el hermoso y valiente jóven que habia espuesto su vida por librarla de la soledad y tal vez de la muerte, llevando su abnegacion hasta el punto de depositarla en los brazos del único hombre que tenia derechos sobre ella y que era un obstáculo á su pasion ardiente.

Todo esto se habia presentado á los ojos de la jóven esposa, que no queriendo faltar por nada á sus deberes, rechazaba á su pesar las indicaciones de su amante. Solo tres veces habia podido envanecerse Carrillo de haber encontrado en la reina una muger amante, y en el mismo momento que la muger dominada por la influencia que tenia para ella su amante se creia vencida: la reina venia al auxilio de la muger, y el respeto y la frialdad volvian á hacer á Carrillo el hombre mas infeliz; pero cuanto no sufria esa pobre reina al tener que presentar sus deberes, su virtud de esposa delante de aquel mútuo amor, de aquella pasion tan grande, teniendo que desengañar, y suplicando que concluyese ese amor que era su vida y su delicia! Ya la hemos visto la noche en que el jóven se despidió de ella, ocultar su corazon, procurando aparecer tranquila cuando todo era agitacion y dolor en aquella alma hermosa y desgraciada.

Vamos ahora á verla triste y desfallecida con la noticia fatal que la habian dado: ya que no tenia que sostener la lucha con su posicion y su virtud, se entregaba á sus tristes pensamientos contenidos por tanto tiempo, y daba rienda suelta á su dolor, en tanto que la ciudad de Segovia entonaba himnos de triunfo por las victorias alcanzadas.

La reina no quiso asistir á nada, escusándose con su delicada salud: no hacia mas que llorar la muerte del único hombre á quien ella amó, sin querer recibir las felicitaciones que los grandes se apresuraban á presentarla. Uno de estos dias, pasados en llorar, estaba en su cámara acompañada tan solo de una de sus damas,

que conocía á fondo el secreto de las lágrimas reales, cuando vieron á decirle que el conde de Dénia pedia permiso para saludarla, el grito de la reina no dejó concluir de hablar á su dama; todo lo comprendió: el conde vendría á dar el último á Dios de parte de su amigo. Que entre, Leonor, dijo la reina un poco mas tranquila, y conociendo que aquel grito habia podido perderla: no le detengas, viene de la guerra y traerá noticias del rey.

—Dios mio, dadme valor por última vez; que se presente la reina y no la muger delante del conde, dijo la reina cuando desapareció la dama que habia anunciado al conde. Pero por qué disimular ya, no era una pasion noble?... Aquí llegaba la reina en sus reflexiones ó mas bien en la lucha que aun sostenia, cuando se presentó el conde de Dénia, vestido con un magnifico traje de guerra y ligeramente pálido: cuando llegó cerca de la reina, se estremeció el conde. Habia leido en el semblante descolorido y triste de la reina, y en sus ojos cansados de llorar, todo cuanto habia padecido: el recuerdo de su amor hizo exhalar un suspiro al conde.

—Ah! conde, qué ha sucedido? dijo la reina antes que el de Dénia hubiera llegado cerca de ella. Contadme todo como haya ocurrido. Me mirais? Creéis que he sufrido mucho? No tengais cuidado, tendré valor para escucharlo aunque supiera que me costaba la vida. Y la reina al decir esto, enjugaba con un pañuelo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Ah! señora, muy triste es el encargo que me dais, á mí, que he sido su mejor amigo, y que he recogido su último deseo envuelto en su postrer suspiro.

—Murió! repuso la reina, con un acento tan triste como si por la primera vez oyese esa fatal nueva. Muy desgraciado ha sido. Cuando todos pueden gozar del triunfo y envanecerse con la victoria, él solo ha sido la víctima en esa guerra cruel.

—Señora, su valor y su ardiente deseo en servir al trono, le espusieron á un peligro del que no pudo salir: quiso ser el primero en vencer y Dios dispuso que fuese el primero en morir. Nadie le pudo salvar, ni él mismo lanzado por su caballo en medio de sus enemigos, sin fuerza para contener al fogoso animal, murió atravesado

de estocadas despues de luchar con desesperacion, y vencido al fin por el número de sus enemigos.

—Qué horror! Dios miol dijo la reina, cubriéndose la cara con sus manos. Y vosotros qué hacíais allí? El rey y su ejército que presenciaban ese bárbaro combate, por qué no le salvaron? Ah! habeis sido unos cobardes dejándole morir, continuó diciendo la reina con un acento de dolor tan sublime, que Carrillo hubiera dado su vida por ver tanto cariño y tanta abnegacion.

—Señora, nada pudimos hacer, repuso el conde fascinado por esta debilidad real, y por la belleza severa de la reina, á quien la exaltacion y el dolor prestaban nuevos encantos. Cuando llegamos al sitio de la catástrofe, nuestros enemigos huian dejándonos solo el cuerpo inanimado de mi desgraciado amigo; pero aun llegué á tiempo, señora, de oir sus últimas palabras, y de cumplir su último deseo.

—Ah! qué dijo? repuso la reina con viveza, y olvidándose de todo: hablad y decidme sus últimas palabras.

—Señora, vuestro nombre fué el último que pronunció para bendeciros, y para haceros por mi boca una súplica que os ruego sea sagrada para vos, porque él sin duda os sonreirá desde el cielo. Decid á la reina que guarde siempre esta banda manchada con mi sangre, ella será siempre un testigo de mi muerte, y ojalá que ella pudiera decir cuanto la amé.

—Sí, sí, dádmela conde, ella no se separará nunca de mi corazón, ella tambien será testigo de mi eterno dolor; y la reina cogió con prisa la banda que ella le habia dado; pero al ver la sangre que teñia su color azul, la reina dió un grito y la soltó como si la banda quemase. Qué presente tan funesto venís á hacerme, conde! pero yo os doy las gracias; creed conde, que nunca lo olvidaré.

El conde permanecia silencioso contemplando el dolor de la reina; esperaba una insinuacion para marcharse, y doña Juana en vez de despedirle, habia caido en una meditacion tan profunda, que el conde no se atrevió á turbar. De pronto la reina levantó la cabeza, y mirándole fijamente, dónde han conducido su cadáver, conde?

—A Burgos, señora, habrá llegado: allí está su familia y allí ha querido reposar.

—Y allí tambien me condujo él, despues de salvarme, contestó la reina. Pues bien, dijo despues, quiero ir á Burgos, al menos lloraré sobre su tumba.

El conde la miró sorprendido, al conocer ahora cuanto amaba la reina á su infeliz amigo. Ah! dijo entre sí, que dichoso es Carrillo! Si ha muerto, tiene al menos quien le llore; y yo vivo, despreciado y engañado...

—Conde, os voy á pedir un favor, sois el único que ha visto mi debilidad, y el único tambien que ha sabido mi amor hácia ese jóven: acompañadme para darle el último á Dios en su tumba.

Habia tanta tristeza y tanta dulzura en las últimas palabras que pronunció la reina, que el conde las escuchó con un profundo enternecimiento.

—Ah! señora, mandadme que muera por vos, y ese será el dia mas feliz de mi vida: disponed de mí, reina y señora.

—Gracias, conde; qué digno amigo sois de aquel á quien vamos á llorar en su último asilo! Mirad, todo está dispuesto, yo tengo que marchar porque deseo hacer la paz con el rey de Aragon. Sí, quiero hacer la felicidad de mi hijo, y esta paz dará por resultado el casamiento de la hija del rey de Aragon con el infante don Juan que la quiere desde niña: y una vez concluidas las paces, porque Dios me dará fuerzas para vencer la resistencia del rey, pasaremos por Burgos y cumpliré otro deber sagrado para mi corazon.

—Qué corazon tan hermoso es el vuestro, señora! Quién no os ha de admirar y querer! dijo el conde dominado por el encanto que la palidez y tristeza de la reina daban á su semblante.

—Ya veis, el único que me ha querido ha muerto. Ah! dijo la reina, llevo la desgracia y la fatalidad á los que me aman. Pero dejemos esto, conde, disponeos para marchar porque mi corazon está impaciente por llegar á Burgos. Y diciendo esto la reina, estendió su mano al conde, que estampó en ella un beso respetuoso y tierno, despidiéndose hasta el dia siguiente, dia de la partida.

En efecto, la marcha se dispuso, y la reina salió de Segovia la

mañana siguiente: el camino fué largo y triste, aunque en los pueblos por donde la reina pasaba, se apresuraban á festejar á la esposa de su rey, que estaba conquistando toda España; pero la reina estaba demasiado ocupada en sus pesares, para prestarse al contento general, mortificándola todos esos homenajes y no teniendo ni deseando otra distraccion que hablar con el conde de su amigo.

Cuando la reina llegó á Almazan, pueblo donde se celebró su conferencia, ya estaba en él el rey de Aragon, que se apresuró con un gran cuidado á recibir de un modo régio á la reina de Castilla. Mucho tiempo hacia que el de Aragon miraba no solo como reina á doña Juana, sino que desde que la vió en su huida á Francia, habia sentido por ella una pasion que el tiempo no pudo destruir.

Tal vez desde el primer dia conoció doña Juana la influencia que tenia con el rey de Aragon, y tal vez esta misma creencia la hizo ser la negociadora de una paz á que tanto se habia resistido: pero ella contaba ahora con su hermosura, y aunque por su parte no pensase en corresponderle por el estado de su corazon, deseaba sacar todo el partido posible para asegurar la felicidad de su hijo: bien pronto conoció la reina que no se habia estinguido la impresion que un dia hiciera en el rey de Aragon. Así es que auguró bien de esta negociacion, y trabajó por concluirla para satisfacer á su corazon que deseaba encontrarse en otra parte.

Conociendo cuán impresionable era el rey, se presentó á él pidiéndole la paz como medio de hacer feliz á su hijo. Y el de Aragon, que habia sido fuerte con todos los que llegaran de parte de don Enrique, no pudo serlo con la jóven reina, á quien encontraba mas hermosa, mas encantadora que nunca, suplicante y espresiva: pidióle la felicidad de su hijo con una voz tan apasionada, que penetró hasta el fondo del corazon ya tan rendido á ella.

—Qué me pedireis, señora, que yo no os conceda, siempre que me deis deciros cuanto os amo? la decia el rey loco de amor y de alegría al tenerla á su lado. Ah! señora, nada se os puede resistir: yo he sido fuerte hasta que os he visto; pero aquí me teneis débil y dispuesto á cederos mi corona, si me la pedis tambien.

—Gracias, gracias, señor, contestaba la reina, porque os voy á

deber la felicidad de mi querido hijo. Conclúyase esta guerra, seamos todos amigos y aliados, porque así podremos dar rienda suelta á nuestros sentimientos. Hagamos la paz entre los dos, y esta nueva alianza será un vínculo mas á nuestra amistad.

—Y por qué no á nuestro amor? decia el rey entusiasmado, por las miradas lánguidas y apasionadas de la reina: decidlo, señora, y seré el hombre mas feliz del mundo: que al jurar esta alianza entre los dos reinos, juremos tambien nuestro eterno amor. Poned vos las condiciones, señora; soy vuestro esclavo.

La reina conocia toda la estension de sus compromisos si desengañaba al rey de una manera dura, y pedia perdon á la sombra de su amante si la necesidad y el deseo de la paz ofendia la pureza de su amor: pero doña Juana era muger de talento, y sin comprometerse nunca ni desengañar al rey enteramente, concluyó una paz en dos dias, paz que se habia trabajado por mucho tiempo sin resultado alguno. Como el deseo mas ardiente de doña Juana despues de la felicidad de su hijo era el llorar sobre las cenizas de su amante, á quien no podia olvidar y á quien habia pedido perdon por escuchar del rey su amor ardiente sin contradecirle ni desengañarle, fingió que el rey su esposo la llamaba á su lado, y dió un mérito á aquella despedida, que el de Aragon creyó que habia adelantado mucho en el corazon de doña Juana, y desde aquel momento deseó mas que ella misma que llegase el dia de las bodas; porque ese dia podria reunirse á ella, ya que el destino los separaba ahora.

Quando la reina se encontró ya en camino para Burgos, su semblante habia adquirido mas viveza, y sus ojos no parecian tan tristes, habia satisfecho uno de los deseos mas ardientes de su corazon; podia decir á su hijo que sería feliz, y esta idea la consolaba en parte de la amargura de sus recuerdos. El conde acompañaba, como sabemos, á la reina doña Juana; esta por su parte desahogaba su dolor hablando con él, interesada por la tristeza de que estaba apoderado el conde sin que ella comprendiese la causa: en esta situacion llegaron á Burgos, donde la reina fue recibida como en tiempos mas felices para ella. Al ruido de la multitud y

de los vivos se unia el toque de las campanas que festejaban á su reina, y doña Juana penetró en el régio alcázar rodeada de los mas brillantes caballeros de Castilla que se habian apresurado á felicitarla por la paz que acababa de concluir.

Pero doña Juana nada escuchaba, y no deseaba mas que encontrarse sola para llorar, para desahogar su corazon de la impresion que le habia causado la entrada en aquella ciudad, donde reposaba su amante y adonde ella iba á verle por última vez. Con qué afan esperaba que la noche reemplazase al sol, para que cubierta por su manto pudiera sin temor de ser conocida, ir á la iglesia donde estaban las cenizas de Carrillo! Con qué placer vió irse alejando á todos los caballeros que deseosos de brillar ante su reina, ostentaban soberbios y lujosos trajes que esa misma reina á quien querian agradar, ni habia visto siquiera! Muy feliz fue cuando vió á la noche dominar al dia, y cuando miró por una de las ventanas del alcázar la oscuridad que iba llenando las calles: entonces entró en su habitacion, mandó á la dama que tantas veces la habia visto llorar, la pusiese un manto que la cubriera toda, y con una celeridad que nunca habia tenido, se encaminó por una galería que daba á la izquierda de la entrada principal, y á cuyo extremo habia una escalera pequeña. Un hombre cubierto con una larga capa esperaba de pié en el primer escalon.

—Qué puntual sois, conde, y qué buen servidor haceis, dijo la reina al embozado que esperaba. Creéis que haya algun cuidado? Si alguno nos viera, Dios mio!

—Nada temais, señora, las calles de Burgos estan siempre muy solas, y á esta hora nadie piensa en salir de su casa. Luego despues entraremos en la iglesia por la portería del convento sin que nadie pueda vernos, y una vez en la iglesia estaremos solos, porque las monjas se habrán retirado ya del coro.

—Dios mio, dijo la reina cuando salieron á la calle, dejadme cumplir en paz con este deber sagrado para mi corazon! A cuánto me espongo! Qué dirían esas pobres mugeres consagradas á Dios por la oracion y el destierro, si vieran á la reina de Castilla llorando sobre la tumba de un hombre que no es su esposo? Ah! es

un crimen, continuaba la reina, temiendo más, cuanto más se acercaba el momento de llegar.

La reina seguía pensando en los peligros á que se esponía, según que atravesaban calles desiertas. Así anduvieron algunos minutos más, hasta que el conde se paró, sacó una llave y abrió una puerta que la reina no había visto. Entrad, señora, la dijo, tomando la mano de la reina para conducirla: cuando el conde entró cerró por dentro, y andando á oscuras llegaron á una pequeña habitacion: allí lograron ver algo; la lámpara que alumbraba en la iglesia estendía hasta fuera sus pálidos rayos. La reina penetró en la iglesia con temor y se adelantó hasta el sitio donde la había dicho el conde que estaban depositados los restos de su amante: él por su parte se quedó escondido tras de una columna adonde no podía penetrar la luz. La soledad del sitio, lo imponente y misterioso de aquel recinto, agolpó á la imaginacion acalorada del jóven todos sus recuerdos deliciosos de otro tiempo, presentándose en último término aquella muger hermosa con su semblante pálido, con sus ojos medio cerrados por el dolor, pidiéndole perdon por haberle engañado, arrepentida de su loca pasión; mas él la rechazaba con furor, la maldecía y sacaba su puñal para matarla; pero entonces ella desaparecía y la veía subir al cielo á reunirse con los ángeles, sin haberle dejado de mirar con sus grandes y rasgados ojos: el jóven creía estar soñando y hacía un esfuerzo para despertarse; pero muy luego volvía á caer en ese sueño tan embriagante y tan desgarrador: por segunda vez echaba mano al puñal creyéndolo verdad, cuando un suspiro escapado cerca de él le hizo salir de su entorpecimiento y de su éxtasis.

El conde creyó al pronto que sería la reina, pero la reina estaba muy lejos, y el suspiro se había escapado cerca de él: miró á todas partes, y al separarse de la columna para registrar, vió cerca de él una persona que inclinada de rodillas parecía que se había quedado muerta en esa postura: corrió á ella para socorrerla y saber si sería alguno que estuviese acechándolos para enterarse del secreto de la reina; pero apenas el conde había llegado adonde estaba ella, cuando volvió la cabeza y cayó exhalando un pequeño grito.

Elvira! dijo el conde, sin poderse contener al reconocer á su amante en la persona que estaba de rodillas delante del altar. Dios mio! estoy soñando, ó es esto verdad? Sí, sí, es verdad, está muerta, dijo el conde cogiendo una mano de Elvira y mirando su cabeza caída sin movimiento ninguno. Elvira, despierta, qué hermosa está, Dios mio! Ah! pero esta hermosura está consagrada á otro, por qué no puedo odiarla? No, no, decia el jóven olvidando donde estaba y queriendo darla vida á fuerza de apretar su mano: la quiero mas que nunca. Elvira, mírame, que yo te perdono.

—Ah! quién me llama? Dejadme, estoy condenada á morir, abandonada de todos, una vez que él me abandonó, dejadme morir.

—Morir, no, Elvira; mírame, yo no puedo ser cruel contigo, porque te amo, porque estoy loco. Dios mio, Dios mio! cuán hermosa estás! Y el pobre jóven, que aun vivia soñando con los pensamientos de aquella noche, estaba fascinado por la belleza angelical de Elvira.

—Fernando, dijo ella, estendiendo su mano delgada y blanca, cómo estás tú aqui? Has venido á despedirte de mí, de la mujer que olvidando tu amor se entregó á otro funesto y fatal, pero que ha sido su vida y su encanto? Perdóname Fernando, ó mátame mas bien, ya nada temo, nada deseo; olvidada del hombre á quien adoro aun, vengo á enterrar mi juventud y mi vida en esta soledad; vengo á acogerme á Dios que siempre está dispuesto á recibir con los brazos abiertos á los séres desgraciados que se acuerdan de él.

El conde de Dénia no sabia lo que le pasaba: inmóvil y sin hablar delante de aquella hermosa figura, veia todo bajo la impresion de un sueño que le atormentára, y hacia esfuerzos grandes para salir de aquel letargo embriagante que pesaba sobre él. Elvira le miraba y observaba aquellos hermosos ojos marcados por la tristeza y el dolor, veia su cara desencajada y lúgubre, y clavaba una mirada de compasion en el conde, que la miraba sin respirar. Qué feliz hubiera sido con vuestro amor, Fernando! Por

qué hicisteis, Dios mio, que mi corazon saltase de alegria al ver á otro hombre? Pero qué estoy diciendo, estoy hablando de amor y felicidad, cuando todo se acabó para mí? Marchaos, Fernando, pero perdonadme el daño que os he hecho: demasiado desgraciada soy para que no os creais vengado. Me perdonais, Fernando?

Habia un sentimiento tan profundo en esta pregunta, y tanta dulzura al hacerla, que el conde, dominado por el encanto irresistible de esta jóven tan divina, á la que veia ahora mas seductora que nunca, la cogió la mano, y con un acento lleno de pasion y de tristeza.—Sí, sí, te perdono, porque te amo aun, porque no tengo fuerzas para odiarte y para maldecirte: tú, desengañada, te vienes á esconder á las miradas del mundo, ya que no puedes olvidar, y yo tendré que morir para olvidarte. El destino ha sido bien cruel contigo, pobre Elvira, ni te ha dejado gozar del encanto de tu corazon.

El ruido de un vestido hizo volver la cabeza á la hermosa jóven y quiso ocultarse á las miradas de la persona que llegaba.

—Quién es esa muger, Fernando? dijo Elvira, cuando ya pudo reconocer su traje. Tambien vos habiais olvidado ya?

—Ah! no, no lo creais, contestó el conde viendo la triste sonrisa que habia acompañado las últimas palabras de Elvira; yo no puedo olvidar, y esa muger viene tambien á llorar.

—Y no conocéis á esa muger, Fernando? decidme quién es? decia Elvira, pensando que seria una nueva amante del conde; pero al mismo tiempo que decia esto miró al sitio por donde se acercaba la sombra, y llegando en aquel momento adonde bañaba la luz de la lámpara, pudo verla.

—La reina! dijo Elvira, dando un grito y cayendo desmayada al pié del altar. Doña Juana al oir este grito se quedó inmóvil, sosteniéndose con una columna por no caer. Quién habia dado ese grito, pensaba la reina. Soy perdida si me han conocido, dijo doña Juana, elevando sus manos al cielo.

—Nada temais, señora, dijo el conde, que habia oido las últimas palabras de la reina. Esa jóven que está aquí y que ha pronunciado vuestro nombre, creerá mañana que ha sido un sueño, y

si llega á creer que es verdad, nunca saldrá de sus labios ese secreto, pues tambien es desgraciada.

—Estoy temblando, dijo la reina acercándose al conde: vamos, vamos, me pongo mala y quiero salir pronto de aquí.

—Nos vamos, señora? dijo el conde; esperad, voy á ver si alguno nos puede ver. El conde lo que quería era volver otra vez al lado de Elvira que seguia desmayada. Con cuánto placer se hubiera quedado á socorrerla! pero la reina le esperaba y tuvo que dejarla, no sin llamarla antes y estrechar su mano helada sobre su corazon. Mi destino, dijo el conde, separándose de Elvira: el rey me la arrebató en vida, y la reina muerta; no hay remedio para mí mas que Dios.

Cuando el conde llegó al lado de la reina, esta, con sus deseos de salir, llegaba á la puerta de la iglesia; allí se quedó parada y echó una última mirada hácia el sitio donde habia estado arrojada: entonces se desprendió de sus ojos una lágrima, y sus labios pronunciaron un á Dios, sirviendo de eco al á Dios que el conde decia á su querida Elvira.

Cuando llegaron la reina y el conde al alcázar, se miraron los dos: no habian hablado una palabra en todo el camino.

—Gracias, conde, me habeis hecho esta noche un gran favor, siempre me acordaré de él: qué queréis?

—Señora, que me dé á besar la mano tu alteza; tal vez sea la última que tenga esa dicha.

—Qué fatales presentimientos teneis, conde, os vais á morir?

—Sí, señora, para el mundo al menos; he sufrido mucho esta noche y quiero descansar para olvidar.

—Y dónde vais, conde? me asustais con vuestras palabras.

—Señora, el papa Gregorio XI acaba de confirmar la regla de San Gerónimo, quiero hacer penitencia y me retiro á un convento.

La reina miró fijamente al conde, vió su hermoso semblante, y leyendo la tristeza en sus ojos, dió un suspiro y le alargó la mano.

—Haceis bien, conde, hemos perdido nuestra felicidad y no nos queda mas que llorarla eternamente.



## CAPITULO V.



ORRIA el año de 1379: don Enrique se hallaba en Burgos descansando de las fatigas de la guerra. En el tiempo que habia pasado el rey no estaba conocido, no parecia ya el hombre inconstante y ligero en sus caprichos, ni la viveza que su carácter daba antes á todos sus actos se presentaba ya en su semblante.

Don Enrique se mostraba siempre distraido, y no encontraba nada que pudiera agradaarle mas que la conversacion de su privado y amigo Ledesma.

Vamos á decir al lector cómo habia sucedido este cambio en el carácter del rey.

Habíamos dejado á don Enrique loco de amor por la hermosa Elvira; pero este amor que al mismo rey le pareció eterno, en sus momentos de entusiasmo, siguió la suerte que tantos otros como este rey tuvo en su vida. Ya lo hemos dicho: su imaginacion viva é impresionable le presentaba en la muger que veia el tipo mas acabado que el hombre pudiera desear para su felicidad, y dominado por esta primera impresion, seguia sin detenerse en los obstáculos hasta conseguir que le amasen, ó al menos que asi se lo dijese. Desgraciadas las mugeres que llevadas del encanto de sus palabras, le entregasen su corazon y fiasen á su constancia el porvenir de su vida, pronto llegaria para ellas la expiacion de su locura, como sucedió á Elvira y otras muchas menos hermosas que tuvieron que llorar la inconstancia del rey y su desgracia.

Poco tiempo pudo soñar Elvira con su felicidad: la ausencia llegó á borrar en don Enrique el recuerdo de tantas protestas de amor como habia hecho al salir de Sevilla á la desgraciada jóven. La guerra de Portugal presentó al rey muchas y buenas ocasiones de mostrarse apasionado y entregarse con el mismo delirio á un nuevo amor, sin acordarse de que apenas hacia un mes que lloraba de desesperacion al pensar que otro hombre le robaba el tesoro que entonces codiciaba.

Pero no fue una sola muger la que pudo envanecerse de haber desterrado del corazon del rey el recuerdo de Elvira: muchas mugeres se sucedieron en el corazon de don Enrique, sin que este dejase de apasionarse en el primer momento de ellas, con tanto delirio y entusiasmo como lo habia hecho de la pobre Elvira. Pero la vida activa que se veia obligado á hacer, las muchas y hermosas mugeres que encontraba á su paso, eran otros tantos obstáculos para que su corazon guardase la imágen de una por mucho tiempo.

Tal habia sido la historia del corazon de don Enrique en el tiempo que hemos dejado de hablar de él; pero hubo un dia, que el rey tan galante y apasionado de todas las mugeres, se encontró tímido é indeciso delante de una jóven de ojos negros y hermosos.

Se celebraban las bodas de sus hijos en Soria: todos los ca-

balleros de Navarra , de Aragon y Castilla luchaban á porfia para ser los primeros en brillar , ostentando un fausto regio y disipando el oro que esparcian á manos llenas , para lograr una mirada de tantas mugeres hermosas como allí se habian reunido para celebrar las fiestas de los hijos del rey. Don Enrique veia con placer disputarse el premio en los torneos , lucirse en las fiestas y bailar en las danzas á los caballeros que tambien habian peleado en la guerra , y él mismo sediento de emociones tomaba parte en todas las fiestas que se prepararon , siendo el primero en arrojar miradas deliciosas á las lindas y ricas mugeres que ostentaban su gracia y hermosura delante de tantos caballeros tan apuestos y tan ricos.

Pero cuando mas tranquilo estaba don Enrique , y cuando mas dueño era de su corazon , sus miradas tropezaron con las de una jóven morena y audaz , cuyos ojos al mirar llevaban al corazon un veneno mortal. Don Enrique bajó los ojos aturdido por la gracia y el encanto de esta jóven ; nunca habia sentido el rey una emocion tan profunda , ni habia visto tanta fascinacion , tanto deleite en los ojos de una muger: el rey ahora estaba herido , y su corazon sufría toda la inquietud , todos los tormentos que habia hecho padecer á tantas mugeres olvidadas por él. Desde aquel dia no pensó mas que en aquella jóven que tenia la majestad de una diosa y la audacia de una bacante; creia ver aun fija en su corazon la mirada centellante y abrasadora que le dirigiera aquella muger , sonriendo deliciosamente para descubrir sus blancos y pequeños dientes ; creia estarla viendo dando al aire sus hermosos cabellos , moviendo voluptuosamente su cuerpo tan flexible y esbelto como las palmas de Oriente , y oia su voz vibrante penetrar hasta el fondo de su corazon , dejando deslizar palabras armoniosas y embriagadoras que dejan en el alma una impresion eterna. Oh! como amaba don Enrique á esta muger , por quien hubiera sacrificado hasta su trono , y que tanto le habia hecho cambiar: habia pasado un año desde que por primera vez la habia visto , y su imágen estaba grabada en el corazon de don Enrique , tan viva , tan espresiva como el primer dia. Sin poder dar rienda suelta á su

dolor ni á sus deseos, buscaba con ansia los momentos de estar solo con su amigo Ledesma para hablar y desahogar su corazón lleno de amor por la hermosa desconocida. Ledesma no habia descansado ni un dia siquiera para buscarla, en tanto que el rey preparaba fiestas por todas partes por ver si lograba de este modo volverla á ver siquiera fuera lejos.

Nada pudo conseguir don Enrique: aquella hermosa desconocida se habia ocultado para siempre, y habia dejado al rey una pasion sin esperanza y eterna: desesperado ya don Enrique se vino á Burgos al lado de su esposa, por ver si con las caricias y el cuidado de doña Juana, lograba borrar aquel hermoso recuerdo de su vida. Pero imposible, don Enrique amaba con mas delirio, porque nunca hasta ahora habia luchado con la fatalidad y con una pasion contrariada, y su amor en vez de desvanecerse, tomaba incremento segun se perdia la esperanza de verle correspondido. En esta situacion se encontraba don Enrique cuando Ledesma llegó un dia con una noticia que hizo estremecer de alegría al rey, y que le hubiera valido al privado si hubiera querido ponerla precio, todas las riquezas de su reino: la hermosa desconocida se encontraba en Burgos, y podia verla el rey en su casa si queria: nunca recibió la noticia de una victoria con tanta alegría don Enrique, como tuvo al poder ver en su casa á la jóven por quien sentia un amor desesperado.

Pocos dias despues, ya fuese vencida por el amor del rey ó por satisfacer un capricho, la hermosa desconocida recibia al rey en su casa y escuchaba su amor con la sonrisa en los labios.

Pero traslademos al lector á casa de la bella Maria, pues asi se llamaba la jóven desconocida, y conocerá la causa de este cambio. Tenia su habitacion en una de las calles menos ruidosas de Burgos; pero en una casa que en los tiempos modernos hubiera podido construirse un magnífico palacio con jardines. Nadie hubiera pensado que en una calle mala y retirada pudiera encontrarse una casa alhajada con tanto lujo y tanta riqueza: magníficas y ricas alfombras cubrian el pavimento de los salones, adornados con divanes de terciopelo; macizas lámparas de plata derramaban una

luz suave y pálida que daba un hermoso aspecto á las grandes habitaciones, completando su adorno hermosos tapices que representaban las grandes acciones de la humanidad.

María se hallaba medio acostada en un divan con los ojos medio cerrados por la molicie y el abandono en que estaba, ó tal vez medio embriagada por el perfume de las flores de que era tan apasionada, y de que estaba llena su habitacion. Tenia un traje ligero y aéreo que descubria las hermosas formas de su esbelto cuerpo, y enseñaba un pié tan pequeño como el de un niño cuando apenas sabe andar; llena de coqueteria, miraba de cuando en cuando con una espresion indefinible de placer á un jóven de ojos negros, semblante moreno y nariz afilada, que revelaba por su traje, magníficamente bordado de plata, pertenecer á la secta de Mahoma.

—Este, sentado en lujosos almohadones de tela de Persia, con los codos apoyados en sus rodillas y las manos en la cara, miraba fijamente aquella hermosa figura que despedia torrentes de fuego por sus ojos: bien se conocia la fascinacion que ella ejercia sobre el jóven, porque este la escuchaba en silencio, y ella con su voz vibrante y armoniosa deslizaba palabras que sonaban en el jóven como el preludio del arpa en una noche serena de junio.

—Qué me importa á mí, decia María, mirándole con una seducion irresistible, que me ofrezcais un amor silencioso y reservado, si ese amor no puede satisfacer mi corazon? Yo quiero un amor como el que yo puedo dar, inmenso, volcánico, que no encuentre obstáculos, que yo sea para él su vida y su Dios. Ah! dijo moviendo la cabeza con impaciencia; quiero un hombre, en fin, á quien diga: hiere, y esconda el puñal en el corazon de mi enemigo.

—Pues bien, decidme quién es ese hombre, dijo el jóven moro clavando una mirada en María, que hizo sonreír á la jóven de placer creyendo seguro su triunfo.

—Para qué lo he de decir? contestó María mirando con desdén al jóven que arrojaba fuego por los ojos, para qué renovar esta herida si no se ha de curar? No, esperaré hasta encontrar un hombre que me ame como yo quiero y que jure vengarme

Ah! entonces todo se lo diré y llegaré á adorar á ese hombre.

— Hablad, hablad por Dios, dijo el jóven, fascinado por la belleza sobrenatural de María, no veis que me estais asesinando con vuestro silencio?

— Pues bien, una vez que lo quereis, repuso la jóven tomando una postura voluptuosa, principiaré: escuchadme. Tenia yo un amante á quien adoraba y de quien era correspondida; vivíamos uno al lado del otro sin desear mas felicidad que aquella de que gozábamos; mi padre bendecia este amor y vivia contento, porque veia á su hija feliz. Llegó un dia fatal: un hombre valiente y guerrero que nada se le habia resistido, quiso entrar en la plaza que mi amante y mi padre defendian; pero su valor se estrellaba contra la lealtad y denuedo de los que la custodiaban: viendo que nada podia adelantar por la fuerza, pensó en capitular, prometiendo á los defensores de la plaza la libertad y sus riquezas: ellos creyeron en la palabra de ese hombre impío y entregaron la plaza. Queréis saber ahora cómo ese hombre cumplió su palabra? Pues bien, dos dias despues se levantaba en Sevilla un cadalso: mi padre y mi amante morían en él como traidores y asesinos. Oh padre mio! Oh esposo mio! aquel dia juré vengaros y aun no he podido cumplirlo.

— Pero quién es ese hombre? Decídmelo por piedad, dijo el jóven levantándose y acercándose á María.

— Queréis saberlo? exclamó la jóven cogiendo la mano de Mahamet; pues bien, ese hombre es el rey de Castilla.

— Vuestro amante! dijo Mahamet sorprendido por esta revelacion.

Sí, mi amante, mi querido ahora, porque gracias á mi constante deseo he puesto en juego todos los medios que mi belleza me ha dado para enamorar al rey y lo he conseguido: sí, porque no teniendo un hombre bastante fuerte, bastante generoso que me vengase, quise yo hacerlo, fascinándole y llenando su corazón de ilusiones para quitárselas un dia cuando mas ciego estuviese por mí; para hacerle sufrir los tormentos que su crueldad me hizo á mí sufrir; para reirme de su amor y burlarme de su pasion ahora que

vive para mí y que soy toda su felicidad. Comprendéis por qué sufro el ser querida del rey? Comprendéis por qué deseo encontrar á un hombre que me ame con delirio? Pues á ese hombre, Mahamet, continuó diciendo la hermosa jóven apretando la mano del moro y lanzándole miradas llenas de pasion, le daré mi corazon y mi vida y seré su esclava.

—Os juro, dijo Mahamet, con un acento sombrío, que el rey morirá.

—Entonces, repuso María, acercando su hermosa cabeza al jóven de modo que sus cabellos rozaron su cara, seré vuestra.

El jóven besó la mano de María y salió de la habitacion embriagado con el perfume que los cabellos de la jóven habian dejado en su cara, y trastornado por el encanto que rodeaba á esta muger tan hermosa.

—Ah! dijo la jóven, mirando á la puerta por donde Mahamet habia salido: véngame tú, que yo sabré despues librarme de tu amor.

Pocos minutos despues de salir el jóven de la casa, se volvió á abrir la puerta y dejó paso á una muger envuelta en un gran manto negro que la cubria hasta la cara, á pesar de representar ya una edad bastante avanzada; su paso era ligero y se conocia desde luego que llevaba prisa por llegar al punto que se proponia ir.

—Largo tiempo estuvo andando por calles retiradas hasta llegar á un convento á cuya puerta llamó y donde entró un poco despues. Sin duda la conocian allí, porque ella pasó sin decir nada y entró en un cuarto del piso bajo, un poco oscuro, y adornado con una sencillez que bien pudiera llamarse pobreza. A poco de estar allí entró una segunda persona, vestida de negro, contrastando su traje con la palidéz de su cara delgada y en que se veian pintadas las huellas de un dolor profundo y eterno.

—Margarita, qué ocurre, Dios mio! dijo la del traje negro á la que esperaba.

—Ay señora! una cosa terrible y atroz; quieren matar al rey!

—Dios mio! qué estás diciendo? estás loca, Margarita?...

—Ojalá, señora, pero acabo de oirlo: María, vuestra amiga en

otro tiempo, y ahora querida del rey, quiere vengarse de él; su amor es mentira, le odia y desea que muera porque así venga á su padre y á su amante, muertos por don Enrique cuando capitularon en Carmona.

—Ella! Maria! Es posible, Dios mio? repuso á la que daba Margarita el título de señora y en quien el lector habrá reconocido á Elvira: matad al rey despues de mentirle amor! no puede ser tan cruel y tan perversa.

—Creedme, señora, todo lo he oido y ella ha jurado ser esclava del hombre que fascinado por ella y loco de amor se prepara á sacrificar al rey.

—No puede ser, no es posible que haya una muger tan infame que esté acariciando al hombre que desea ver muerto. Señor! Señor! dijo Elvira elevando sus ojos al cielo como para pedir piedad, no lo permitiréis.

—Me marchó ya: á Dios señora, y estad segura de que cuanto os he dicho es verdad: si supiera que he venido estaba perdida. A Dios mi Elvira.

—Gracias, Margarita, me acabais de hacer un servicio que nunca olvidaré, yo os lo juro.

—Y ahora qué haré, Dios mio! dijo Elvira cuando estuvo sola: correré á salvarle, repuso despues de un momento de silencio.

Aquel mismo dia habia salido el rey de Burgos para Santo Domingo de la Calzada, donde le esperaba el rey de Aragon y donde iba á concluir de arreglar los asuntos del reino. Lo primero de que cuidó don Enrique fue de disponer que le siguiese la muger que ni un momento podia separarse de su imaginacion, desistiendo del deseo de ir acompañándola como quería, merced á la influencia que Ledesma tenia con él, que le espuso el escándalo con que miraria la córte esta deferencia, tanto mas, cuando doña Juana quedaba en Burgos desterrada de su pensamiento. Estas reflexiones hicieron eco en don Enrique y violentó su corazon á las exigencias de su posicion; pero si el rey se decidió á marchar sin llevarla á su lado, no pudo decidirse á separarse por mucho tiempo de ella, y resolvió que dispusiese su marcha al dia siguiente al

de su salida de Burgos. Así el rey iría delante para prepararla todo cuanto pudiera necesitar y poderla recibir cuando llegase.

Como lo había dispuesto el rey se hizo: la hermosa María iba acompañada de una corte de caballeros admiradores de su belleza celestial, haciendo un viaje de reina.

Quando llegaron á Santo Domingo el rey la esperaba ya impaciente; había sufrido mucho con su ausencia y ansiaba ya embriagarse con las miradas apasionadas y voluptuosas de la jóven por quien sentía una pasión desconocida hasta entonces. En aquellos días el alcázar era un placer continuo: don Enrique, para que María no pudiese sentir el fastidio, inventaba fiestas y juegos que tenían á la imaginación siempre ocupada. Después de tanta deliciosa ocupación, el rey llegaba á la habitación de María, y en ella olvidaba todo para no pensar más que en aquella mujer que todos los días descubría nuevos encantos, y que sabía con sus armoniosas palabras y la dulzura de su acento, retener al rey á su lado estasiado, contemplando sus elegantes formas y admirando su gracia irresistible.

Había dispuesto el rey un torneo para obsequiar al rey de Aragón, ó más bien para que María, que iba á ser la reina de la función, pudiera ser admirada, luciendo en el balcón destinado para ella toda su beldad. Aquel día el rey se presentó brillante de hermosura; á pesar de que las fatigas de la guerra habían robado la frescura de su cutis finísimo, todavía podía llamar la atención. Sus ojos tan azules como el cielo de Andalucía, conservaban la dulzura que tanta influencia le dió siempre para con las mujeres: su sonrisa, en que se notaba siempre alguna amargura, descubría sus hermosos y pequeños dientes, y su frente grande y despejada, revelaba al hombre de imaginación y de corazón. Don Enrique llevaba un suntuoso traje de rica tela y unos borceguíes que un moro llegado de Granada para negociar la paz le presentaría; sin duda que era una cosa sorprendente los borceguíes del rey cuajados de oro y perlas, hasta deslumbrar; pero no era la riqueza lo que había hecho á don Enrique presentarse en el torneo con ellos, había sido el deseo que María había mostrado en vérselos puestos,

y el rey que no tenia valor para disgustar á su querida en nada, prometió complacerla, dejándose ver en su balcon con los magníficos borceguíes.

Quando el rey se presentó en el balcon, su primera mirada fue para María: esta por su parte fijó sus hermosos ojos en los borceguíes, y una sonrisa de placer iluminó aquel semblante tan hechicero, que todos veian estasiados, y que sin embargo nadie comprendió mas que un jóven de ojos negros que estaba mirando tambien al rey. Mahamet y María cambiaron una mirada de triunfo.

Al dia siguiente el rey amaneció malo, una inquietud cuya causa no podia comprender, le habia tenido despierto toda la noche. El rey habia tenido pensamientos muy tristes, y si alguna vez cansado de luchar con su desvelo, lograba soñar, todo se le presentaba sombrío y fatal. Por esto cuando el rey pudo ver la primera claridad que amanecia el dia, mandó que le vistieran; entonces pudo notar el rey que los piés entaban un poco encarnados y que la incomodidad iba siendo mayor, segun pasaba tiempo. A pesar de eso don Enrique mandó al caballero Ledesma para que acompañase hasta su cuarto á la hermosa María, ya que él no podia visitarla, porque apenas podia andar.

Impaciente estaba el rey sentado en su cámara contando los minutos que pasaban desde que Ledesma se habia marchado, y ya habia preguntado tres ó cuatro veces sino habia vuelto su amigo. Qué habrá sucedido? decia el rey notándose en su cara, mas pálida que de costumbre, la impaciencia que tenia. Estará mala tambien? entonces iria á verla aunque supiera morirme. No sé por qué quiero tanto á esa muger, por quien daria mi vida y mi corona: desde que la he conocido no pienso mas que en deleitarme con su hermoso semblante; he olvidado mi poder y mi gloria para no desear mas que sus caricias. María, ven porque me siento morir sin tí, ven á decirme que me amas.

Apenas habia concluido el rey de decir estas palabras, cuando se levantó un tapiz y apareció una muger cubierta con un manto y tapada la cara con una careta. El rey dió un grito de sorpresa: cuando esperaba ver entrar á María resplandeciente de her-

mosura, se presentaba á sus ojos una muger tapada, que en vez de entrar por la puerta, parecia mas bien haber penetrado por la pared.

—Quién sois? dijo el rey queriéndose levantar del sillón donde estaba, y volviendo á caer por la fuerza de los dolores que iban en aumento. Qué quereis?

—Salvaros, contestó una voz dulce, en que podia traslucirse una profunda emocion.

—Salvarme á mí! exclamó el rey mirando con la altivez de sus primeros años; pues qué peligro me amenaza? Vamos, vamos, continuó don Enrique viendo que la encubierta temblaba; habeis entrado aquí para asesinar me y os ha faltado el valor, os perdono: pero salid al momento, porque sino llamo á mis guardias y entonces no habrá remedio para vos.

—Asesinaros yo, Enrique, qué cruel sois! repuso la tapada dando á su voz todo el sentimiento que habia en su corazón: yo que he andado en una noche tantas leguas para salvaros; yo que he salido del claustro para evitar el golpe que os amenaza; yo por fin que os amo aun, habia de asesinaros!...

—Pues quien sois, Dios mio! dijo el rey perdido entre tanto misterio.

—Miradme, Enrique! dijo la tapada arrojando su careta y descubriendo un semblante divino, surcado por las lágrimas y por el dolor.

—Elvira! exclamó el rey asombrado al ver aquella hermosa aparicion.

—Sí, Elvira, la que tanto os ha amado y á quien olvidasteis tan pronto: Elvira, que vela siempre por vos, que ha sabido el peligro que os amenaza y ha corrido para separarle de vuestra cabeza. Elvira en fin, Enrique, que teme por vuestra vida y que está viendo en vuestros ojos la sombra de una muerte próxima.

—Qué decís? por qué esas palabras tan fatales? por qué crees en ese peligro que no alcanzo? Sí, es verdad que me siento hoy malo y triste; esto pasará cuando el cansancio de las fiestas y las danzas se concluya. Nada temais Elvira, dijo el rey alargando su mano fria á su antigua amante: ya estoy mejor, no me veis? Al

veros me encuentro mas tranquilo, porque recuerdo cuanto me amábais en otro tiempo.

—No, no, repúso Elvira viendo que se aumentaba la palidez del rey y que su mirada se hacia mas triste: os estais engañando y quereis engañarme á mí. Vos estais muy malo, Enrique, y vuestro mal no tiene remedio porque estais...

—Acabad, Elvira, por piedad, dijo el rey viendo que la jóven no habia podido concluir su pensamiento: por qué, por qué! exclamó el rey con el acento de la desesperacion.

—Porque estais envenenado! dijo Elvira cayendo de rodillas á los piés del rey; porque esa muger á quien tanto quereis, os ha envenenado para vengarse de vos, porque...

—Basta, por piedad, exclamó el rey aturdido con esta revelacion, no puede ser tanta infamia. Mentís, mentís, continuó diciendo don Enrique con una agitacion que iba en aumento, y rechazando con sus manos á Elvira que seguia echada á sus piés vertiendo un torrente de lágrimas: yo amo mas que nunca á esa muger, ella es un ángel, y vos sois una impostora.

—Señor, señor, exclamó Elvira viendo la ceguedad del rey que la acusaba á ella: creedme por Dios, á mí que daría mi vida por vos. Dios mio! haced que el rey me crea: salvadle, Señor, aunque yo muera de desesperacion y de dolor!

El rey habia dejado caer su cabeza en el respaldo del sillón y sus cabellos compuestos en hermosos rizos, caian sobre su cara que estaba bañada por un sudor frio y helado; le parecia que todo era un sueño, y hacia esfuerzos grandes para salir de ese estado en que la agitacion le habia puesto. En aquel momento se presentaba á la imaginacion del rey la muger que tanto adoraba con sus miradas penetrantes y con su sonrisa celestial, pedirle caricias que él loco de amor y de ventura le prodigaba con delirio, y detras de esta muger tan encantadora descubria otra cara cuyos ojos tan dulces y tan espresivos apenas se atrevian á mirar aquella escena de locura y embriaguéz: entonces y cuanto mas enloquecido estaba con las caricias de María, se presentaba acusadora la imágen de Elvira á quien habia despreciado.

—María! María! exclamó el rey queriendo despertar del letargo en que su agitacion y los sucesos le habian hecho creer. Dónde está María?

—Aquí estoy, señor, dijo una voz penetrante que vibró en el corazón del rey y que hizo dar un grito de dolor á Elvira cuando vió abrirse la puerta y penetrar María. Qué me queréis, mi señor y dueño? Mas quién es esta tapada que está con vos? dijo María reparando en Elvira que habia vuelto á cubrirse la cara. Ah! señor, ya no me amais! Habia tanta espresion, habia sabido dar tanta tristeza y tanta dulzura á sus últimas palabras, que el rey, estremecido por la armonía de aquella voz que nadie podia oír sin conmoverse, quiso levantarse para abrazar aquella divina criatura; pero los esfuerzos del rey fueron inútiles: cada hora que pasaba quitaba nuevas fuerzas al rey, y ya no podia sostenerse.

—Ay, Dios mió! dijo don Enrique, viendo que su malestar se aumentaba: no sé lo que siento, creo que voy á morir, hermosa María, morir y dejarte tan bella! Ah, qué destino tan cruel!

—Pero qué teneis, señor, que os veo pálido, que vuestros ojos se cierran y los piés se niegan á sosteneros?

—Y vos le preguntais qué tiene? dijo Elvira adelantándose toda trémula, vos que le matais?

—Qué dice esa mujer? repuso María poniéndose lívida. Rey de Castilla, permites que ultrajen á la mujer que amas?

—Rey de Castilla, dijo Elvira cogiendo el brazo de María con una fuerza sobrenatural: hé aquí tu envenenadora, juzgadla.

El rey estaba aterrado con tanto suceso todos tristes: los dolores que se iban aumentando oscurecian la razon de don Enrique y todo lo veia á través de una nube que no le dejaba apreciar la verdad.

—Cuando Elvira concluyó de decir esto, se habia quitado la careta que ocultaba su cara y se presentó á María el semblante hermoso aun de su amiga de otro tiempo, y por cuya recomendacion habia entrado Margarita, dueña antes de Elvira, al servicio de María. Todo lo comprendió esta, conoció que estaba perdida, y con un movimiento que Elvira no pudo contener, se desprendió de sus

brazos y volviéndose á donde estaba el rey, le dirigió una mirada de rabia, y con una sonrisa en que se veía todo el placer que sentía,

— Rey de Castilla, le dijo, estoy vengada: yo he sido la que fascinándote con mi hermosura he preparado tu muerte: tú mataste á mi padre y á mi amante y yo te mato á tí: había jurado vengarlos y puse en juego todos los resortes que mi deseo de venganza me sugirió: te enamoraste de mí y creiste que yo cediendo á tus caricias sentía por tí el amor intenso que á tí te devoraba, y te engañaste porque yo te odiaba. Juzga ahora cuánto habré sufrido teniendo que fingirte amor; pero ya todo se concluyó, tu muerte es segura, mis deseos están cumplidos. Ah! padre mio! Esposo mio! ya estais vengados. Y dirigiendo una mirada de compasion al rey, lanzó una carcajada que hizo salir al rey de su estupor y á Elvira de su inmovilidad.

— Qué es esto, Dios mio! Es verdad lo que dice esta muger infernal?

— Te acuerdas, rey de Castilla, del anciano que fiado en tu palabra salió de Carmona para vivir contento al lado de su hija y del capitan que lleno de lealtad no quiso entregar el depósito que se le habia confiado, y que escudado por tu palabra real iba á ser feliz al lado de su amante que le adoraba, qué hiciste de ese anciano y de ese jóven?

— Es verdad, es verdad, murmuró don Enrique cubriéndose la cara con las manos para evitar estos recuerdos tanto mas amargos, cuanto que llegaban acompañados de la muerte: era su padre y su amante, Dios me castiga.

— Sí, mi padre y el hombre á quien he querido. Ahora, rey de Castilla, sufre la espiacion; y diciendo esto la jóven, echando una mirada de desprecio á don Enrique, se marchó hácia la puerta para salir. Don Enrique, que la veía sin tener resolucion para detenerla, principió á dar voces. — Que no se marche esa muger, dijo, haciendo un esfuerzo para levantarse, y lográndolo al fin, gracias á su poderosa voluntad. Ah! matadla... ó mas bien no; dejadla que viva, ha cumplido su juramento: y volvió á caer en el sillón con los ojos cerrados y la cabeza caída á un lado.

Elvira no habia podido sufrir la emocion que le causára la confesion de Maria; ni su salvaje alegria al recordar al rey su venganza; pobre flor, habia caido tronchada no pudiendo resistir tanta maldad ni ser dueña de moverse: estaba en ese estado en que suele encontrarse una persona que es herida por una desgracia repentina, que todo lo oye, que siente todo, y que le faltan las fuerzas para llorar y gritar: solo cuando vió á don Enrique caer sin sentido en el sillón, pudo ella moverse, merced al esfuerzo poderoso que hizo para ir á socorrer al hombre que quería y que veía morir. Entonces con paso inseguro se acercó al rey, cogió su cabeza entre sus manos, limpió el sudor helado que corría por su frente y quiso darle vida con su aliento. Elvira aun no podia hablar; respirando con dificultad, sufría un tormento horrible: de este modo fue como pudo ver al rey volver de su desmayo y abrir los ojos y dirigirla una mirada tan tierna, que Elvira principió á llorar.

—Eres tú Elvira, dijo el rey pudiendo apenas hablar, tú que venias á salvarme, y que no te creí? Como me castiga Dios! Te he olvidado á tí que eras un angel de bondad y de ternura, y corri loco y ciego tras ese amor que me da ahora la muerte. El destino, Elvira, me hizo amar á esa mujer, porque tú no sabes como la quiero: mira, ahora mismo no tengo valor para odiarla: es tan hermosa! yo la creí tan pura... Pero perdóname tú, estoy hablando de María delante de tí y estoy destrozando sin querer tu corazón, que aun ama á Enrique como en aquellos días de ventura que pasé contigo. Pero ya no hay felicidad para mí.... Oh! la espiacion, yo maté y á mí me matan....

—No, señor, no morireis porque yo rogaré á Dios para que vivais y Dios me lo concederá, á mí que le he sacrificado mi juventud y mi vida; pero qué teneis señor? Dios mio! Dios mio! se muere: Enrique, miradme. Señor! Señor! exclamó Elvira elevando sus ojos empapados en llanto, dejadle vivir, muera yo para que él viva. Y Elvira que veía que apenas podia ya hablar, daba gritos para que se presentaran, pero los gritos nadie los oía porque eran muy débiles, y el rey se moría. Entonces Elvira abandonan-

do el misterio que habia guardado salió á la puerta, y con una voz en que se conocia el último esfuerzo: un médico para su alteza gritó, y corrió otra vez al lado del rey que volvía abrir los ojos y que estendia la mano como para cojer la de Elvira.

—Me muero... dijo con una voz tan desfallecida que apenas podia oír. Gracias, Elvira, mi último recuerdo es tuyo.

Apenas habia dicho el rey estas palabras, se llenó la cámara real de personajes: los primeros que acudieron eran el fisico de don Enrique y Ledesma: todos se sorprendieron al ver cerca del rey aquella mujer á quien todos habian conocido bella y radiante de alegría, y ahora la encontraban de rodillas llorando á los piés del rey.

Elvira dijo todo al fisico, y este despues de mirar á don Enrique:

—Es verdad, exclamó reparando los pies, el rey ha sido envenenado con los borceguíes que el moro le presentó el otro dia.

Un murmullo de sorpresa y de terror resonó en la habitacion; todos principiaron á salir tristes y llevando en sus caras el espanto que les habia causado esta noticia. En el momento trasladaron á su lecho á don Enrique y el fisico le dió una bebida que calmó algun tanto los dolores y despejó un poco su cabeza, bastante turbada ya por tantas sorpresas.

— Cuando don Enrique se encontró en el lecho real quiso apartar de su pensamiento las ideas de placer que toda su vida habia aumentado; pero por mas que luchaba María, se presentaba á sus ojos ya imponente y dominadora, ya suplicante y tierna pidiéndole su perdon y devorándole con sus voluptuosas miradas. Cuán tormentoso era para don Enrique la idea de morir dejando tantos sueños de gloria y de ventura! Entonces se presentaban á don Enrique con mas fuerza que nunca las dulzuras del trono; pero al través de tanta dicha, veía levantarse del sepulcro aquellas dos víctimas que eran la causa de su muerte, acusándole, y al volver los ojos para separarse de esa idea aterradora, veía una mano que él reconocía, señalarle á las dos víctimas que le estaban esparando.

— Don Enrique se acogía á la religion, ese bálsamo siempre dulce

para el hombre que padece, y pensando en sus deberes de cristiano logró olvidar los recuerdos mundanales.

—Padre mio! decia á su confesor, cuidad de mi hijo, nunca obre por espíritu de venganza, que haya piedad siempre en su corazon para el que venga á implorarle.

Don Enrique, á no estar tan fatigado por su mal, hubiera podido oír los sollozos que salian de la habitacion inmediata á la suya. Era Elvira que no habia tenido valor para separarse del rey y que esperaba, sin que él lo supiese, recoger su último suspiro. Rendida por el sueño, se habia quedado fatigada en un sillón: cuando despertó vió salir de la cámara real un monge Gerónimo que habia acompañado al obispo de Sigüenza en los últimos momentos del rey. El monge levantó la cabeza para mirar que ruido sonaba; y al mismo tiempo oyéronse dos gritos.

—Elvira! dijo el monge dejando caer la capucha que le cubria.

—Fernando! exclamó esta, que reconoció á su antiguo amante. Qué haces aquí? Dios mio! Decidme como está el rey, Fernando.

—El rey, dijo el monge con un acento triste y lúgubre, ha muerto.

—Muerto tan pronto, Dios mio! Dios mio, qué desgracia!

—Pero qué haciais aquí Elvira? dijo el conde deteniéndose á su pesar al ver á la jóven tan interesante en su dolor.

—Habia venido á salvarle, y Dios no ha querido, dijo Elvira, dirigiendo á Fernando una mirada de compasion y levantándose para marcharse.

—Siempre el rey! dijo el monge escondiéndose en su capucha y mirando con toda la espresion de su alma á Elvira que se alejaba.

Cuando Elvira se retiraba, tropezó con un hombre que corria como un loco llevando la mano teñida en sangre. Elvira se estremeció al verle; habia reconocido á Mahamet que venia del cuarto de María. Corrió hácia la habitacion de la querida del rey y abrió la puerta; un grito de horror se escapó de sus labios: habia visto en medio de la habitacion el cuerpo de la hermosa María bañado en sangre.

— Señor, Señor, qué incomprensibles son vuestros juicios! exclamó Elvira, elevando sus ojos al cielo y separándose de aquella habitación.

María había muerto asesinada por Mahamet en un momento de furor, en que este demandando á la bella andaluza el premio de su crimen, había visto que ella no le podía querer; y cuando mas contenta estaba por haberse librado del rey y burlándose del amor del moro, Mahamet, ciego de rabia y de celos la hundi6 el puñal en su corazon.

Por su parte Elvira volvió á Burgos, y desde este dia doña Juana y Elvira lloraban juntas la dicha perdida, sin acordarse la primera de que su hijo era el rey y que aun podia gozar de las dulzuras del trono. En los dos años que sobrevivió á su esposo ni un dia dejó de visitar á Elvira; era para recordar juntas al hombre que habian perdido ó para mezclar este recuerdo con otro no menos triste que no se habia podido borrar del corazon de doña Juana, y que sin querer ella misma la llevaba á la iglesia del convento donde estaba Elvira? Es lo cierto que despues de la muerte del rey nunca se vió á doña Juana en la córte.

FIN.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>PAGS.</u>
Retrato de don Enrique. . . . .	4
1. <sup>a</sup> . . . . .	10
2. <sup>a</sup> . . . . .	43
3. <sup>a</sup> . . . . .	77

**ADVERTENCIA.**

Se estan preparando los trabajos para dar principio á las novelas históricas *D. Juan II de Castilla* y los *Siete embajadores*, para no esponer á los suscritores á sufrir el retraso que por la falta de salud en el autor han tenido en la suscripcion de *D. Pedro I*, llamado el *Cruel*.

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

PLANTA DE LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

Señalado de don Juan...

10

18

17

16

15

14

13

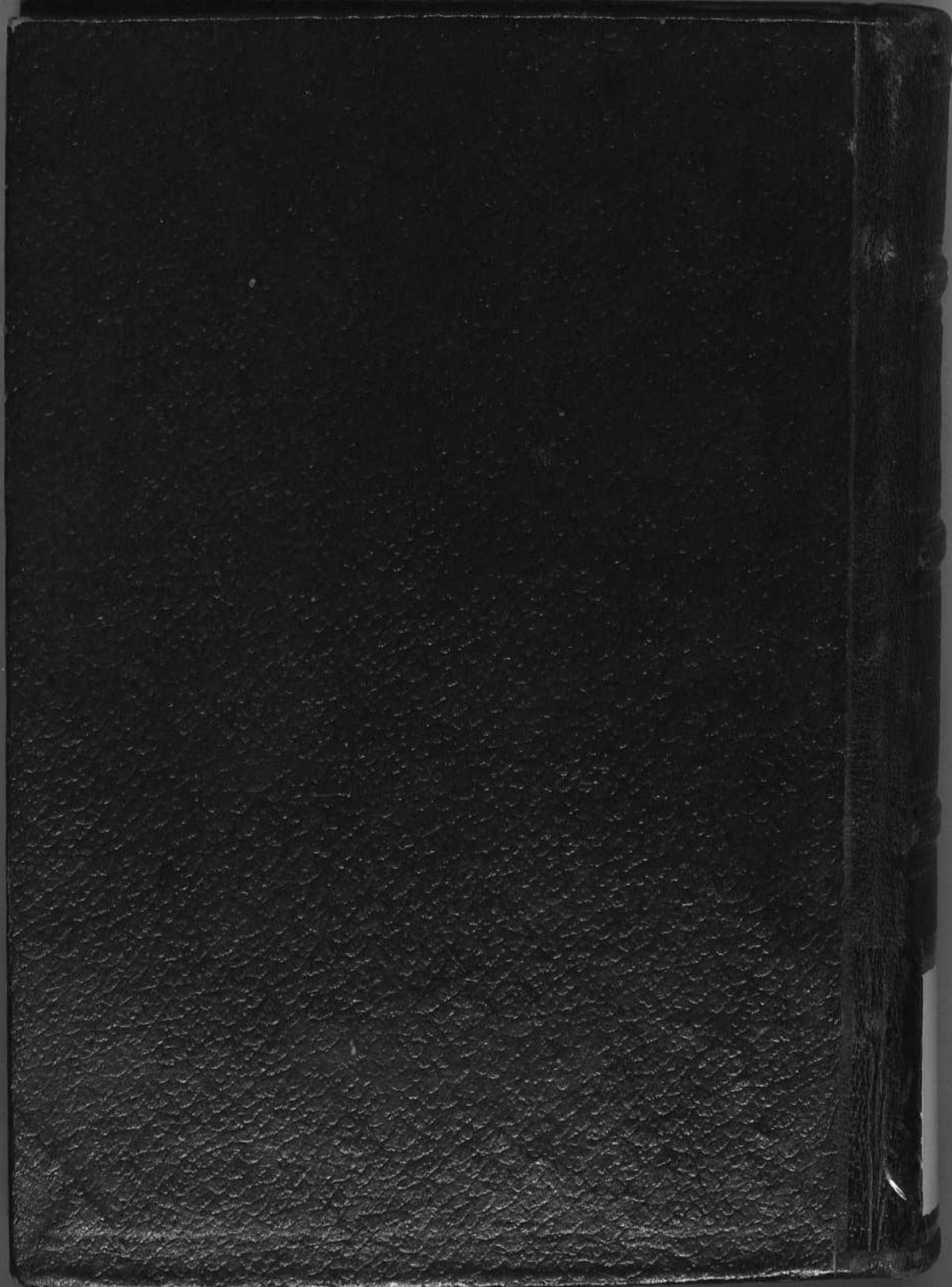
ADVERTENCIA

Se están preparando los trabajos para dar principio á las no-  
veas históricas D. Juan II de Castilla y los siete emperadores;  
para no exponer á los suscritores á sufrir el retraso que por la falta  
de salud en el autor han tenido en la suscripción de D. Pedro A.  
Harrado el Crivel.





V-2



G- 13964

DON PEDRO  
DE CASTILLA